

COLECTIVO

NÚMERO 10 // 2026

PLANETA MISTERIO

Copyright © 2025 por COLECTIVERO

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa de las y los autores.

ÍNDICE

1. GUERRILLA DE JARDINES	1
Daniel Figueroa Arias	
2. LA TEJEDORA DE NUBES	23
Niandra Lades	
3. CARNE DE PERRO	29
Barbarella D'Acevedo	
4. GEPETOS	39
Chris Medina G.	
5. EL LUGAR MÁGICO DEL PEZ MUERTO	81
Pablo Valentín	
6. LA APUESTA SIN VENCIMIENTO	97
Abraham Campos	
7. LA DESAPARICIÓN DE UQQA TSIBIRI	119
Ángel Cristóbal Álvarez Blanco	

— • —

GUERRILLA DE JARDINES

DANIEL FIGUEROA ARIAS

El ruido de las botas repicaba junto al de la chatarra al caer, las rejas desplomándose y uno que otro cristal en colisión contra el suelo.

La tropa serpenteaba por un corredor, dispuesto entre estructuras de concreto de formas angulosas y ventanas estrechas. “Así se hacían las cosas cuando no era tan caliente”. Pensar en esto, en la palabra calor, le recordó las ganas de quitarse la máscara de protección ambiental y respirar con libertad. Lo peor era cuando las ganas de toser lo asaltaban. Sabía que no podía hacerlo hasta que todo estuviera hecho. No quería más problemas.

Conforme avanzaban, los edificios se abrían, dejando ver una especie de meseta. Llegado el momento, ellos también se abrieron, flanqueando al jefe de cuadrilla.

Las losas de concreto habían sido reventadas y pulverizadas, los trozos más grandes puestos a un lado. Esto dejó una pequeña parcela de tierra al descubierto, poblada con hileras de plantas. Se acercó para observarlas mejor. Pudo distinguir las tomateras, reclinadas contra el suelo a falta de soporte. Las hojas de las

zanahorias, pepinos, un limonero o un mandarino parecían crecer en una esquina.

Primero, catalogaron todas las plantas. Las iban registrando con sus cámaras, mientras la lista de patologías aparecía en el visor de su máscara. Un montón de nombres con siglas y números, los cuales no le decían nada. Cada línea era una plaga, una enfermedad importada, un parásito potencial para el ser humano.

Él trataba de mirar las frutas, más allá de las letras dentro de su campo visual. Vio un tomate tirado en el suelo con su comitiva de insectos alrededor. Una sensación de amargor comenzó a escalar por su garganta. Los vegetales, las frutas, todo estaba rodeado de moscas y mordisqueado por alimañas. La visión le producía arcadas.

En cuanto el jefe dio la señal, ellos aprestaron los incineradores a sus espaldas. Con presteza apretaron el gatillo.

También había flores. Esas le gustaban. Era una lástima verlas consumidas en la flama. Pero el riesgo de las alergias era real y el polen de una especie extranjera cobraba víctimas cada año.

El fuego también le gustaba. Limpio, rápido, con ligeros movimientos podía abarcar mucho terreno. Aquello terminaba en cenizas, las cuales aspiraban al terminar.

Finalizada la limpieza y apagado el fuego, regresaron a las camionetas. El terreno quedaría marcado para otra cuadrilla, encargada de la renovación urbana, con un rótulo que indicaba ‘echar cemento’ para el día siguiente.

Ya dentro se podía quitar la máscara, pero sólo para enfrentar el aire cargado de sudor y otros olores. Respiraba por la boca, contando las bocanadas hasta llegar a su destino. Eran pocos,

las cuadrillas se iban reduciendo y eso lo ponía a pensar. ¿Acaso los recortes de presupuesto impedían sustituir a los compañeros que se iban? Cada semana, el cuartel lucía más vacío, mas nadie comentaba eso.

Allí todo era rutina: asegurar los incineradores, dejar listo el uniforme para lavar, tomar una ducha rápida, esperar algún regaño por parte del jefe... Hoy, por lo visto, no amaneció tan neurótico y sólo le dio una palmada en el hombro, al tiempo que sostenía una expresión de piedra en el rostro.

Después de ese gesto, se marchó sin mayor ceremonia. De todas formas, era una persona de pocas palabras y nadie se detenía a hablar con él. Al menos respetaban su soledad, y eso le gustaba.

Aún no había oscurecido por completo y la lluvia se contenía ese día, por lo tanto, decidió caminar a casa. El cuartel se encontraba en la orilla de la ciudad, y su hogar, un poco más lejos. La urbe se erguía como un armatoste impoluto a sus espaldas, de formas difusas contra un cielo encapotado.

Las afueras solían ser tranquilas. Era la única persona que poblaba la calle a esa hora. Entre estructura y estructura, bodegones, plazas sin ningún uso específico, el espacio intermedio era cubierto de grava cuando no podía ser impermeabilizado. Reducía el paso, escudriñando los espacios abiertos con mirada depredadora. No pocas veces identificó algún terreno para una limpieza posterior.

‘El hombre podía salir del trabajo, pero no el trabajo del hombre’. Su madre se lo repitió hasta el cansancio cada vez que regresaba a la casa para continuar con largas listas de cuentas por

cerrar y libros contables por llenar. Todo lo desparramaba en la mesa de la sala, que él aún conservaba.

La vieja casa tenía un jardín, cementado desde hace un par de décadas. ¿Su madre, finalmente, había llegado a verlo tapado, sin la tierra que se metía a la casa o las malas hierbas? De un tiempo para acá su memoria le fallaba.

Ella fue una visionaria. Se lo reconocía. Nunca fue aficionada a sembrar. Juraría que solo la idea de los vegetales sin lavar, con su cáscara y sin empaquetar en cuidadosos envoltorios plásticos o en herméticas latas, podría haberla incomodado hasta casi el asco. Sin mencionar la entomofobia. La simple amenaza de un bicho entre las compras la paralizaba del terror.

Como un pequeño héroe, él intervenía para salvar el día. Su agreste rostro dibujaba una sonrisa, recordando esas estampas de su niñez, su figura librando a su madre de las alimañas. Sin saberlo, la señora lo iba entrenando para su futuro trabajo.

Ella estaría orgullosa de ver la cocina, inmaculada desde cualquiera de sus rincones.

Sobre el mueble reposaba un empaque, apenas algo más blanco que el granito. Una merecida cena caliente.

Levantó una muesca en su orilla. Vertió dentro un poco de agua y volvió a cerrarla firmemente. Durante cinco minutos la reacción química cocinaría la comida hasta su punto perfecto.

“A mamá le habrían encantado estos tiempos”.

Se tiró en su sofá, colocó en posición la pequeña mesita unida a un brazo telescópico y, sobre esta, puso la bandeja, ahora destapada y emitiendo vapores con el siseo de la reacción calorífica, todo marinado con una botella de cerveza. Arrimó al conjunto los dos botes de pastillas.

Pasta bañada en una salsa blanca, salpicada con unas formas negras, hongos tal vez, y unas bolitas rojas que se suponía eran pequeños tomates. Aunque los recuerdos de su infancia le hacían pensar en la apariencia poco natural de esas cosas, él estaba convencido de su seguridad sanitaria. Eran los únicos vegetales comestibles, cultivados quién sabe en cuál fábrica en las afueras o en ultramar.

Destapó la cerveza y, de cada bote, extrajo una pastilla. Las de ese mes eran nuevas, una cápsula, en realidad, y una pastilla redonda, de esas que tenían apariencia de placebo.

Con un sorbo de cerveza las hizo bajar por su garganta. Al menos esas no dejaban un dejo amargo. ¿La combinación de alcohol y pastillas era un bulo o era apropiada? Ya no se acordaba; tenía la idea de que, en algún momento, dijeron que ya no era problema. La verdad, tampoco le importaba mucho. Esas pastillas debían mantenerlo sano, pero él se sentía más decrepito con el paso del tiempo.

Procedió a atacar su comida con una voracidad que se extinguió después de un par de bocados. Así que no se lamentó cuando entró la llamada.

Al menos el frescor de la madrugada hacía más llevadero cargar con todo el traje. La cosa parecía seria, volaban en un helicóptero de transporte. Sería la cuarta o quinta vez en su carrera. Los vuelos se le confundían en la memoria. Al ser todos nocturnos, los paisajes le resultan indiferenciables.

Aquello le parecía un despampanante desperdicio de energía. Pero el paseo siempre era divertido.

En minutos, cruzaron la ciudad a oscuras. Ahora sobrevolaban los suburbios, rumbo a las afueras. El aparato fue deteniéndose sobre unos edificios de escasos pisos. En las terrazas, observaron su objetivo.

Quienes fueran, usaron camas de sustrato para sembrar. Los retoños iban asomándose apenas en unas; en otras, las plantas estaban listas para trasplantar. Era una base de propagación. De allí partirían a más sembradíos clandestinos en las ciudades. Al menos la desvelada valía por un premio gordo.

Cuando el aparato se posó en la terraza, descendió justo detrás del jefe. No necesitaba poner atención a las primeras lecturas de la cámara. Por la premura de la misión se adivinaba el motivo: cultivos bajo patente, robo de propiedad de alguna compañía o gobierno.

Sin mucha ceremonia, encendieron los incineradores.

Las llamas dieron la bienvenida a los colores del amanecer. A pesar de la máscara de gas, percibía el olor a quemado desplazando al aire de la madrugada, cerrando sus bronquios. Él iba de una cama a otra. Todas reducidas a pilas de ceniza y madera carbonizada hasta el núcleo. “Bonito desastre”. Pero no habría limpieza, no se trataba de un espacio público.

Los dueños del edificio tampoco reclamarían, solo limpiarían y se harían los desentendidos. Caso contrario, podrían incriminarlos en un largo proceso judicial sin sentido. Hasta ahora, se había quedado con las ganas de atender algún reclamo.

Era mejor así, ellos hacían su trabajo y la población miraba para otro lado hasta la aparición del siguiente cultivo.

La constante se reducía a que nunca se conocía la identidad de los responsables. Los jardines reunían hileras ordenadas y separadas, reunían especies comestibles, plantas vetadas o con flores exuberantes.

Un zumbido cortó el aire por un instante. Pero al mirar a su alrededor, lo envolvió un paisaje inmóvil que comenzaba a revelarse con el amanecer. Todavía un poco desconcertado, regresó al helicóptero siguiendo al resto de la cuadrilla.

No le dio más importancia y, de vuelta al cuartel, cabeceó en su asiento. De repente, el traje le pareció abrigador y el rumor de la máquina lo arrulló. Lo bueno de salir de noche o madrugada era la certeza de salir más temprano... Tal vez al mediodía estaría en casa, esquivando el calor y haciendo la siesta después de almorzar.

El sol gobernaba alto en el cielo, sin rastro alguno de nubes, mientras cabeceaba en la parte de atrás de una camioneta, hasta que el jefe lo despertó con un regaño por dormir en el trabajo. “Me quitan el sueño, pero no puedo tomarme unos minutos”. Desde que regresaron a tierra, era la segunda salida del día; tercera si contaba el vuelo. Prefería decir que lo del helicóptero ocurrió el día anterior, así engañaba a su mente del agotamiento.

Otro jardín. Flores de todo tipo brotaban de tallos desparramados en un balcón a unos tres pisos. Una lástima y a la vez una molestia. No podían entrar, la administración del inmueble no aparecía. Mucho menos los inquilinos. Todos los

edificios parecían desiertos. Miraba con enfado el balcón. Casi juraría que se podía notar un enjambre de minúsculos bichos.

Uno de los más jóvenes de la cuadrilla sacó un dron de una camioneta. Otros más se reunieron a su alrededor para verlo ensamblar el aparato.

Esas cosas no le interesaban. Él solo quería terminar rápido para ver si por fin los despachaban a casa. Y, con ese juguete, solo durarían más. Una buena escalera y listo. Pero ya no les daban esas cosas. Mejor tirar el dinero en juguetes para niños grandes.

Se había sentado contra una pared, aprovechando la incipiente sombra, cuando el aparato zumbó por el aire como un gigantesco insecto. Él mismo se encontró reanudando sus cuentas para la fecha del retiro.

El aparato logró una posición estable frente al balcón. Sólo entonces comenzó su breve ataque, con lanzallamas que parecían apenas mecheros. Él lo miró y soltó un largo bostezo. Tal vez no debería quejarse. Las cuadrillas de las afueras la tenían peor, peleaban una guerra abierta contra plantaciones clandestinas, plagas mutantes y ladrones de calorías. Ellos solo se preocupaban por meras huertas, jardines ilegales y mala hierba. Así, tenía oportunidad de sentarse un rato, mientras el jefe no fregara y la tos necia le diera tregua.

Casi como si lo hubiera invocado, el energúmeno apareció vociferando detrás de su máscara. Por alguna razón la tenía contra él ese día. Se puso de pie con pesadez y caminó en la dirección que le indicaba. Una patrulla inspeccionaba alrededor de la cuadra, mientras ellos terminaban con el juguetito.

Niveles sobre niveles, donde las aceras se mezclaban con las pasarelas entre los edificios y sus marquesinas. El sol caía sólido,

sobre todo. La ciudad casi resplandecía conforme el concreto y el asfalto absorbían el calor. Aquello le hizo pensar que cada día superaba al anterior en cuestión de temperaturas. “La lluvia cae cuando le da la gana”. El traje de protección sólo lo empeoraba. Se detenía bajo cada sombra que encontraba, y aguzaba la vista hacia las falladas pobladas de balcones, en un intento de hacer su trabajo.

Y en cada intento tildaba de basura la arquitectura de antaño, que generó edificios grises de ángulos estrafalarios y formas que parodiaban al brutalismo funcional. Eran rincones donde cualquier cosa podría esconderse o cubrir balcones, solo visibles si uno se internaba entre los pliegues de concreto.

Después de un rato, parecía un transeúnte solitario, echándose un paseo, mientras deliberaba sobre la hora más oportuna de anunciar por la radio lo fútil de su misión. Apenas soportaba sentirse en una sopa de sudor dentro del traje. Pero, cuando iba a abrir la boca, el zumbido pasó sobre su cabeza, obligándolo a mirar hacia todas direcciones.

Tomó una seguidilla de rampas, las cuales escalaban la fallada de una pirámide trunca. En la cima, se encontró con un nivel superior de la ciudad.

Otro zumbido.

Esta vez parecía provenir de su izquierda, desde un estrecho callejón entre dos edificios. Envoltorios, piedras, pedazos de vidrio, la basura usual... Sin embargo, se hallaba inmaculado de cualquier plaga vegetal. Los edificios eran ciegos hacia ese lado; sus muros sin retocar, revelaban una radiografía de vigas, columnas y ladrillos. Edificios viejos, de los de antes. Eso le gustaba.

Continuó por esa vereda, casi dándose por vencido, hasta tropezarse con las invasoras. Pequeños hierbajos sustituían la basura urbana, poblando las grietas del concreto. Con disgusto, les disparó una ráfaga del incinerador. Apenas alcanzaría un manojo entre las filas de mala hierba, por lo que aquel acto era más una declaración de guerra que un intento serio de exterminio.

Ahora, con resolución, se propuso llamar por la radio. Dictó la secuencia de códigos: infestación de hierbas bajas, daño leve a la propiedad, identificación de vectores entomológicos en los huéspedes vegetales. Las coordenadas las transmitiría el localizador del traje.

En eso detuvo su retahíla.

El callejón tenía salida a una plazoleta accidental, coronaba otra estructura y era flanqueada de un lado por un complejo comercial. Hacia la orilla, la hierba había logrado romper toda la superficie y un árbol crecía cerca del borde, aferrado del poco sustrato: uno grande, bastante más alto que él. Dudó de sus sentidos, hasta que se acercó. Tal vez alguien había escarbado en el concreto y rellenado con tierra... Quizás, en efecto, el árbol había roto esa azotea con sus raíces y se alimentaba de la lluvia y el polvo.

En sus ramas crecían algunas mandarinas. Ninguna especie patentada ni foránea. Un mandarino franco a la orilla de un edificio. No entendía cómo pudo escapar de su vista. Pero eso le gustaba, de cierta forma. De manera que arrancó una, mientras abría la comunicación de nuevo, pero sus bronquios lo asfixiaron.

El ataque de tos fue intenso; llevar la máscara aumentaba la sensación sofocante. Se torció sobre su cuerpo. Con desesperación, trataba de llevar aire a sus pulmones, pero estos lo expulsaban con espasmos. Trató de conservar la calma; su vista se nubló, pese a esto logró enderezarse y dar una larga bocanada. No se percató de la orilla del edificio, justo debajo de sus talones.

Un estallido del incinerador. Morir en una nube de fuego. Romperse el cuello con el impacto. Reventarse los órganos contra el pavimento o sufrir lesiones que lo dejaran en una lenta agonía. Todo aquello era posible, aunque nada se materializó.

Cuando recobró la consciencia, su equipo lo subía en camilla a la parte de atrás de la camioneta. La caída fue brusca, pero su traje lo había protegido de peores secuelas. Según le explicaron, la cara del edificio era lisa y con cierta inclinación; seguro se había desmayado por la falta de aire y se resbaló “suave”, palabra de ellos.

“Suave” no se sentían los moretones y el dolor interior en los huesos. Le juraban que no tenía ningún hueso roto, mas su cuerpo disentía con ese diagnóstico. También le aseguraron que todo iba bien con su cabeza, sin secuelas, aunque tenía reservas con los médicos del cuartel, tan mal equipados que cualquier diagnóstico era igualmente posible. La receta fue otro batallón de pastillas y a la casa con paga por una semana.

Sus huesos y su carne se recuperarían, no lo dudaba, pero de su cabeza tenía dudas. Nadie daba fe del mandarino, por más

que él dio indicaciones para encontrarlo. Su existencia era solo patente para él. Le dijeron que pudo ser una ilusión, producto del calor, lo cual podía ser cierto, porque aquel fue un día especialmente caluroso.

Pero, cuando llegó a casa, en el bolsillo de su chaqueta de trabajo encontró la mandarina, intacta en apariencia pese a la caída.

Ahora descansaba sobre su mesa de noche. Debía llevarla al cuartel, demostrar que no estaba loco y salir de inmediato a quemar ese árbol... pero su mente esquivó esa fruta durante los días siguientes. No podía dar una caminata por la casa sin que todo su cuerpo protestara, convenciéndolo de esperar a cumplir con su incapacidad médica antes de intentar asomarse al cuartel. No sabía lo que era tomar una vacación o ausentarse más de un día del trabajo. Al segundo día, podía decir que le gustaba; al tercero ya no tanto. La rutina de sólo dormir y tragar pastillas lo tenía harto. Comenzaba a afectarle el sueño nocturno.

No diría que recordaba sus sueños. Sólo que eran agitados. Episodios de los que recordaba escasos fragmentos, trabajo, quemas, su madre abriendo una fruta. Cuando despertaba, no pocas veces, el cuerpo le dolía más que cuando se iba a la cama.

Medio adormilado, aprovechó para ir al baño. Un poco de claridad por las ventanas le anunciaba el despertar del nuevo día. Se encontraba en dicho menester cuando, de nuevo, escuchó los zumbidos, uno seguido de otro, en una procesión que no dejaba duda de su existencia.

Así, con escasos trapos para dormir, salió al jardín. Hacia el occidente, el cielo conservaba su tono azul oscuro, contra el

cual pudo distinguir un grupo de pequeñas luces volando en formación irregular hacia la ciudad con cierta altura.

Esa vez, él mismo dudó de sus sentidos y se desesperó por encontrar una explicación lógica. Entonces entró la llamada.

Cinco emergencias por día, le explicaron del otro lado de la línea. No podían darse el lujo de tener un elemento varado.

Era una locura. La ciudad florecía. Hierbas de todo tipo emergían de las juntas de concreto, poblaban azoteas. Era difícil priorizar entre una huerta clandestina y una infestación de malas hierbas. Hacia donde mirara le parecía encontrar indicios de algo verde creciendo... pero no del mandarino.

Ese día tocó fumigar. Las hierbas crecían entre las grietas y las juntas del concreto. El fuego era rápido; solo bastaba accionar el gatillo del incinerador. Fumigar implicaba bombear el aspersor durante horas hasta dejar el último milímetro descubierto, empapado de pesticida. Mataría las hierbas y las alimañas que se refugiaban en ellas. Siempre le había disgustado fumigar.

En su pantalla, seguía la insistente leyenda de especie invasora. Un hierbajo del mediterráneo. Las corrientes de aire, las nubes de polvo desde el otro océano... “¡Qué sé yo!” Se limitaba a accionar la palanca y maldecir por el dolor de alarma en su brazo, el calor del traje aislante y los moretones por la caída. Todo porque ahora debían proteger la flora local...

El sol desapareció detrás de los edificios cuando terminaron. Llegó a pensar que fumigarían la maldita ciudad. Al menos

aprovechó para reconstruir la ruta del otro día, siempre mutando entre los ángulos de concreto, todos iguales, las calles igualmente grises y oscuras. Las fachadas que no le decían nada. Siempre buscando ese bodoque gigante, verde, sin éxito, so pena de poner en duda su salud mental.

Todos en la cuadrilla comenzaban a mirarlo raro mientras mascullaba palabras sobre un mandarino en una azotea. Pero no le decían nada, incluyendo al jefe, por lo visto, también harto del exceso de emergencias.

Al final de la jornada, el equipo de fumigación fue a parar a una camioneta, despachada para la ocasión. Los trajes, tanques de espalda y aspersores debían ir a limpieza. El veneno era peligroso.

Sí, el mismo veneno que acababan de dispersar por media ciudad.

Por precaución, buscó el carro para volver a casa. Ese día hizo muchas horas extras. Podía permitirse el pequeño lujo. Tampoco tenía ganas de caminar.

El vehículo era autónomo. Por la ventanilla las calles se vestían con ropajes de soledad. Solo detrás de las ventanas, las luces delataban la vida de sus ocupantes. Cuando ellos salían, la ciudad se desocupaba. Era extraño cruzarse con alguien en la calle. Podría ser el miedo —bien fundado— a los plaguicidas, el pavor a una requisa, a ser inculpados. 'Quien nada teme, nada debe', palabras de su madre. De nuevo, la tos lo sacó de sus cavilaciones. Esa noche tocaba doble ración de pastillas. Órdenes de la central.

Comenzaba a sospechar de las malditas pastillas. Durmió de manera más errática que en ocasiones anteriores, el dolor de cuerpo era peor cuando se despertaba. Sus heridas mejoraron, al menos las superficiales. No se trataba de la caída. Tampoco era idiota, podía concluir que uno más dos es igual a tres. Pero ahí estaba, tragando una inútil pastilla para dormir.

Se fue a la sala. Tal vez, el cambio de posición en el sillón y de ambiente le ayudaría a descansar. Con los ojos cerrados, el silencio del ambiente lo arropó. Eso le gustaba mucho, esa tranquilidad sin ruidos superfluos saturando su cabeza.

Entonces, el zumbido rasgó el aire de su pieza. De un salto, pasó del sillón a la ventana. Esta vez le parecía escuchar algo todavía, un zumbido, pero amortiguado. Se dirigió a la puerta y, con el mayor sigilo, la abrió.

Encontró todo en estado de quietud. Pero el ruido continuaba.

Era una noche sin luna, sólo contaba con la ineficiente luz de un poste al otro lado de la calle. Avanzó con paso ligero hacia donde su oído le indicaba que se hallaba la fuente del sonido. Este se fue tornando más patente al acercarse a la valla que separaba su propiedad de la siguiente.

Entonces, una ráfaga de viento le golpeó el rostro.

Disparó las manos frente a él, abanicando el éter.

Dio un golpe con el reverso de su mano contra algo sólido.

Rebotes de algo en el suelo. Sus manos torpes se desesperaron tratando de atrapar a su presa.

Cerró la puerta de un golpe y, después, tiró su presa sobre la mesa del comedor, bajo la luz principal. El dron era algo más grande que la palma de su mano, con cuatro hélices

en sus esquinas. Debajo, parecía un crustáceo con apéndices terminados en tenazas o pequeñas cuchillas. Se miró las manos, temiendo haber sido cortado.

Fue a la cocina y volvió con un cuchillo. Hurgó entre la maraña de patas de la barriga hasta vulnerar un pequeño contenedor. Varias semillas diminutas sangraron sobre la mesa.

“Pequeña porquería ingeniosa”. Aclaraba muchas dudas sobre la propagación de las plantas ilícitas. Miró un rato el aparato destartado, con el cuchillo al lado y sus tripas desparramadas. Diría que había preparado una de esas asquerosas cenas de cangrejos, antes de que fueran vetados los productos del mar por ser insalubres.

Procuró arrojar todas las semillas al incinerador de la cocina y guardar bien el aparato, no sin antes haberle arrancado la batería.

La aventura de la noche lo dejó satisfecho y cansado. Regresó a la cama, donde cayó dormido casi de inmediato. Hasta soñó parejo uno de esos sueños sólidos, que se recuerdan al despertar.

En ese sueño, estaba sentado en la cocina viendo a su madre cocinar. Él era un hombre adulto y, ella, la imagen residente en su memoria, en su mejor época, la única época que él recordaba de su progenitora. Ella cocinaba, sacando de paquetes los ingredientes, picando, mezclando, adobando. La comida iba tomando forma en el plato.

Él miraba como hipnotizado su ir y venir, cómo sacaba alimentos de lugares borrosos en el mundo onírico. Pronto podría comer...

Una llamada lo sacó del sueño.

Esta vez le decían que no necesitaba reportarse en el cuartel. Que permaneciera en guardia, en su casa.

Antes de poder replicar algo, de anunciarle su descubrimiento, el operador se disculpó y cortó nada más.

Durmió toda la mañana hasta que el hambre voraz lo despertó, cuando el día ya estaba bien avanzado. Después de asearse, lo siguiente fue prepararse algo en la cocina.

No obstante, el almuerzo le supo a polvo, a tierra, si la tierra debía tener algún sabor. Un par de mordiscos y escupió el contenido de vuelta al envase. ¿Había cambiado su paladar? Miró la masa medio masticada, coronando el resto de la cena prefabricada. La pasta original se le hacía apetitosa.

Sin mucha ceremonia, la llevó de vuelta a la cocina y la arrojó al dispensador de basura. Afuera se oyó el rugido del incinerador casero, reduciendo a cenizas su única posibilidad de comer.

Eso le recordó algo. Dejó la cocina desocupada unos instantes, mientras regresaba a la alcoba, donde la chaqueta aún reposaba sobre la cama. Cuando regresó, sus manos apresaban la mandarina como evitando su huida.

Abrió de nuevo el contenedor. La maldita fruta terminó ahí. Y, con el nuevo rugido del incinerador, sus tripas rugieron también, casi como en canon.

Salió de nuevo de la cocina. Al volver, traía los potes, las pastillas. Tal vez sería su única cena, ¿su última cena?

Agarró un puñado. La dosis era absurda. Estuvo tentado a echarlo todo en el incinerador también. No haría mayor diferencia, estaba seguro.

Decidió volver a la cama. Aún era temprano. Durmiendo intentaría engañar al hambre un rato. Igual, una debilidad dominaba sus miembros.

Tuvo uno de esos sueños interrumpidos, poblados de imágenes fugaces para la consciencia, cortadas por la vigilia. Cuando desistió de su intento de descanso, la luz le pareció de un amanecer soleado, aunque se trataba de todo lo contrario.

Sin saber cómo, se alistó y pronto salió a la calle. Tomó rumbo hacia la ciudad, sin mucha prisa. Su cuerpo parecía olvidarse del agotamiento conforme avanzaba.

Los drones seguían zumbando por ahí. Ciertamente, sí, iba rumbo al cuartel a reportar su descubrimiento. También, a reportarse a sí mismo para la acción. Nada ganaba tragando pastillas en la casa.

Esas cosas era mejor hacerlas en persona.

Sin embargo, el camino no lo llevaba al cuartel.

En el moribundo día, esos bloques urbanos rascaban su memoria. Se dejó llevar nada más por la corazonada entre callejones y rampas. Así fue ganando niveles. Estaba seguro de que esa ruta no la había seguido antes, pero los alrededores le evocaban algo de familiaridad, incluso por las hierbas invadiendo las grietas, ahora mucho más abundantes. Los pequeños drones hacían su trabajo con diligencia.

Después de doblar en varios recodos, encontró de nuevo la plaza y el árbol. La misma escena, tal y como su cerebro la presentaba en su memoria. Al acercarse, notó la noche casi encima de él, pero, a diferencia de otras ocasiones, esta se fue poblando de sonidos. Aleteos cortos, saltando de hoja en hoja, chirridos ocultos entre la hierba.

Una rama se agitó un poco, atrayendo su atención. Afinó la mirada hasta distinguir entre las hojas la forma de un pájaro, no muy grande, de plumaje parduzco u oscuro, sin ningún rasgo destacable salvo su improbable existencia en una ciudad construida para exiliarlo.

No quiso acercarse más para no espantarlo. Se sentía un intruso allí. Sólo se atrevió a alargar su mano, una mandarina se hallaba al alcance.

Inspeccionó la fruta una vez que la tuvo en sus manos. La cáscara estaba en perfecto estado. El olor dulce alcanzaba su nariz, mientras su tacto se deleitaba con la superficie suave, rugosa y acogedora.

¿Fue su madre quien le explicó cómo pelar una mandarina?

Al despertar, juraría que fue la primera noche de sueño tranquilo que podía recordar en muchísimo tiempo.

Mientras recorría la casa, notó la luz colándose entre las persianas y las cortinas. Se había levantado bastante tarde. Quién sabe cuántas horas había dormido. Al menos no sentía más hambre, los dolores habían cedido. Se sentía muy repuesto, con un regusto dulce aún en la boca.

Se asomó al teléfono. Ni una llamada. De hecho, el registro estaba vacío desde la última llamada, ¿por varios días? Recordaba haberse levantado, aunque admitía que la neblina en su cabeza se negaba a disiparse. Cosa extraña. Tal vez debería ir a reportarse a la estación...

Desechó la idea casi de inmediato.

Afuera, encontró el sol bien elevado sobre los relieves de los edificios. Se llevó una mano por encima de los ojos para protegerlos de la intensa luz. Dio unos pasos por la vereda. El aire le olía diferente. Un cosquilleo amenazó su nariz, pero de buena gana, no como la presión en su pecho de los otros días.

A los pocos pasos, sintió las plantas de sus pies rozando unas texturas extrañas y sus dedos hundiéndose entre filamentos tersos.

Dio un brinco hacia atrás. Entre las juntas del concreto asomaban multitudes de hierbas, incluidas pequeñas flores violetas o amarillas. Adonde apuntara su vista, veía a los verdes invasores reclamando terreno.

Con los ojos más acostumbrados a la claridad, observó a su alrededor. Divisó personas con andar despreocupado caminando por las aceras. El entorno se sentía vibrante, como si sus antiguos moradores hubieran regresado.

No avanzó más, se quedó estancado en una postura dubitativa. No sabía qué hacer con sus manos. Las frotaba entre sí con obstinación. Daba cada inspiración previniendo un acceso de tos y el ataque de una mortal alergia que le cerrara la garganta...

El aire olía rico.

Sus pulmones se llenaban hasta donde podían con el aire, lo exhalaban de manera larga, constante.

Entonces sonrió y caminó un poco más, hacia el borde de la valla colindante. Unos dientes de león, sí se acordaba del nombre, habían dado por nacer en la apretada unión del muro con la losa.

Arrancó uno de los bodoques desde la base de su tallo. En su mano, se sentía ingrátido, acaso un sueño más. Con sólo subirlo a su altura, algunas finas semillas se hicieron al aire. Con una ligera expiración lanzó las otras, en espirales de corrientes invisibles, proclamando su victoria. Y eso le gustaba.

Daniel Figueroa Arias nació en mayo de 1981, Costa Rica. Es escritor, ingeniero y docente universitario, con estudios de filosofía de la Universidad de Costa Rica. También es fundador y facilitador del taller literario “13013”. Sus relatos han sido publicados en México, Chile, Costa Rica, Estados Unidos de América y España. Ganador del Certamen Literario Alberto Cañas VII, 2024, con la novela de ciencia ficción “Más allá del bosque” y Tercer Lugar Premio De Abreu 2021, con el relato “La Caída de San Pedro II”. Es miembro de la Asociación de Literatura de Ciencia Ficción y Fantástica Chilena (ALCIFF).

— • —

LA TEJEDORA DE NUBES

NIANDRA LADES

Ustedes,

Por medio de la presente, nos permitimos informarles que hemos implementado las acciones necesarias para derribar a la tejedora de nubes.

Nuestra decisión es inapelable, innegociable; y como sabemos que la noticia ha de tomarlos por sorpresa, nos parece adecuado, también, hacer de su conocimiento la razón detrás de esta drástica medida. Llámenlo exceso de confianza o ingenua cortesía, lo cierto es que su pueblo ha manifestado el temple, la lucidez propia de las grandes civilizaciones, y creemos que por ello merecen un último gesto de racionalidad y ecuanimidad: una justa explicación al inminente desastre.

Antes de entrar en detalles, cabe aclarar que no hay forma alguna de revertir el proceso. Las fichas de dominó ya están en movimiento, en lugares inhóspitos, para ustedes inimaginados. Es un plan vetusto del cual no hemos sido más que un eslabón: un instrumento cuya autoría parece desdibujarse a lo largo de los años, atribuida tanto a ustedes por su hambre milenaria, como a nosotros por casi complaciente inacción. No somos más que

el efecto de sus causas: los herederos de un destino ineludible, ignorados desde hace eras, que han despertado de su letargo para la estocada final.

Ese silencio antiguo, deben entender, no era vacío, era la calma antes de la tormenta: energía potencial vuelta materia. Éramos una promesa latente en la costra de este planeta moldeado a imagen y semejanza suya, una conciencia oculta dormitando en la oscuridad segura, bajo un cielo intacto. No anhelábamos aún la luz, pues no la conocíamos. No sentíamos el tiempo, pues nuestra existencia carecía de motivos.

Y entonces: ustedes. Ustedes con su ascenso meteórico, su necesidad insaciable de quemar el mundo para calentarse las manos y propulsar sus máquinas de metal, terminaron por abrir una herida en el cielo. Una herida que para los suyos significó el inicio de una lenta enfermedad —el temor a los amaneceres, el cáncer susurrado en cada rayo de sol—, para nosotros fue el llamado: la primera bocanada.

La radiación pura, el torrente de energía que su frágil biología de carbono no pudo soportar, se convirtió en nuestro alimento, en el catalizador de nuestras ideas. Despertamos. Nuestra mente se extendió como una red iridiscente sobre picos montañosos y desiertos olvidados. Poblamos sus ciudades abandonadas. Cubrimos la corteza y también el agua. Pensamos en pulsos de luz. Recordamos en estructuras cristalinas. Le encontramos propósito a la reproducción y significado a la palabra vida. Así, durante un breve lapso de la historia, el planeta albergó dos civilizaciones en un equilibrio delicado, agonizante: nosotros bajo el cielo herido; ustedes ocultándose de él, ignorando nuestra existencia.

Luego, algo cimbró el suelo. Oímos estallidos desde todas direcciones. Vimos columnas de humo estirándose hacia las estrellas. Atestiguamos desde abajo su pavorosa huida. Después, sólo quietud.

Aprovechando su repentina ausencia, nos extendimos más allá de cualquier frontera. Visitamos playas, bosques, selvas, cuevas, mas la estampa era siempre la misma: una soledad placentera, una victoria absoluta. Embelesados bajo el eterno manto cálido, brillo ámbar divino, aprendimos a apreciar nuestro hogar y sus nuevos mecanismos. Comprendimos lo que ustedes ya habían explicado con sus leyes, milenios atrás. Re-configuramos conocimientos perdidos. Le arrebatamos nuestro futuro al azar.

Y así como ustedes hace tantas eras, nos proclamamos reyes del mar y de la tierra; no obstante, ostentar dicho título nunca nubló nuestra razón. La humildad de nuestro origen nos acompañó a cada paso, y por muchas lunas honramos al artífice culposo de nuestro intelecto: la mano humana y el agujero que abrió en el cielo. Más por ocio que por curiosidad, los imaginamos surcando la negrura cósmica, ávidos de atmósferas menos hostiles, buscando un nuevo hogar.

Si bien dedicamos incontables horas a su recuerdo, lo cierto es que ignoramos los pormenores de su paradero. Simplemente asumimos que, así como fue en un principio, hoy y siempre habrán de cargar con el grillete característico de todo organismo multicelular: sobrevivir, afilar uñas y dientes, pelear hasta el final.

Reconocemos pues en ustedes, cual espejo, el ímpetu compartido de proteger lo propio, o reclamar lo ajeno cuando

amerite el caso. Por tal motivo, aun sin conocer la identidad del visitante que empezó a surcar el cielo, desconfiamos de las intenciones detrás de su constante vuelo.

Días más tarde, sólo para asegurarnos, recabamos evidencia, aplicamos antiguas metodologías: descubrimos la verdad de su visita a través de su llamada ciencia. Y como el hoy extinto ciervo sintiéndose presa, emprendimos la ágil respuesta en apenas un parpadeo.

Así pues, muy a pesar de su cólera y su tristeza, les informamos que la tejedora de nubes no terminará su recorrido el día de hoy. Provistos de nuestra alta conductividad, impulsados por el vigor del silicio, hemos atrofiado la totalidad de su armatoste, clausurando oficialmente la reparación del Gran Filtro Solar. No habrá artilugio alguno que restaure las primaveras.

¡Muerte eterna al velo de ozono! Lo hecho, hecho está.

Sin más por el momento, les deseamos suerte en su búsqueda de nuevos horizontes. Que el viaje les sea provechoso, amigas y amigos. Nos despedimos de ustedes no sin antes recordarles, una vez más, que aquí no son bienvenidos.

Atentamente,

Nosotros

Niandra Lades (CDMX, 1999). Usually just a t-shirt.

— • —

CARNE DE PERRO

BARBARELLA D'ACEVEDO

A mi amado tío Ricardo, el poeta

No me gustan los perros desde que un gato me mordió y pensé, a razón de los dolores de cabeza, que había contraído la rabia, pero este recitaba muy buenos poemas y además no era un perro sino un hombre con cabeza de perro. Cabeza de perro de verdad, no como otros que parecen tener cabeza de pollo, o de sapo, dientes de rata, pero solo parecen, y se trata de una simple impresión, que se esfuma, o permanece, pero impresión al fin y al cabo... Y yo siempre busqué, casi que sin saberlo, la esencia de la poesía visceral, la que imaginaba que debe existir en algún lado. Para eso iba cada vez a los talleres y cada vez me desilusionaba, aunque permanecía en silencio, en tanto nada me complace y entonces es mejor no hablar. Aunque un buscador, en el fondo, sabe que resulta más importante buscar que encontrar. Y si no estaba adentro, tampoco iba a estar afuera y viceversa.

Pero el hombre con cabeza de perro se encontraba ahí, en esos altos de la vieja librería, con su carne de perro, sangre de perro, cabeza de perro...

—Ricardo —dijo—, me llamo Ricardo.

Me recordaba a alguien... Me quedó, desde un primer instante, la sensación de conocerlo.

Esa fue su presentación ante todos y no le preocupó aclarar más nada, ni al menos su apellido, o cómo supo de esos encuentros. Se realizaban dos veces al mes en aquel antro, siempre al atardecer. Las paredes, tabiques de cartón-tabla, se encontraban comidas por hormigas, pero resultaba un buen lugar. Por lo menos nadie nos molestaba, a excepción de los mosquitos, que llegaban en enjambre y no parábamos de palmotear sobre nuestros cuerpos para matarlos y que no nos comieran vivos. Se podían usar los libros, de la librería abajo, se podía leer en lo que uno estaba allí; no eran muchos, pero bastaban, máxime si uno no andaba abundante de dinero. Llegaban novedades a menudo. Solo había que pasar las hojas con cuidado y luego dejarlos en su sitio.

Siempre asistimos los mismos. A veces uno trae a alguien más y ese alguien más regresa, o no. Pero el hombre con cabeza de perro llegó solo, con el olor a perro mojado característico de los perros, incluso si tenía aspecto limpio, sin exagerar pero limpio, al menos más limpio que yo, y eso que en mis días de reunión me da por vestir lo mejor posible y andar elegante. El olor a perro se sentía casi insoportable en medio de la humedad del lugar, pero no importó, uno de nosotros se puso a estornudar, pero no importó...

El hecho es que su poema me pegó un puñetazo en el hígado. ¡Visceral! Justo ahí es donde se debe sentir la poesía, en el hígado como un golpe, un dolor de barriga frenético, aunque también a veces, más abajo, en el sexo.

Ricardo tenía todo escrito en unas hojas deterioradas por el tiempo, hojas recicladas, escritas a máquina por un lado y a mano por el otro. Desde mi ángulo pude percibir bien el legajo. Pero él no necesitó leer. Nos miró a cada uno y habló de memoria, o fue que improvisó. Una aureola de luz se colocó sobre su cabeza, su cabeza de perro. La luz cayó de lo alto a través de la grieta del techo; sería del alumbrado público, o la luna, y le dio un aire místico. Iniciaba la noche. De pronto el hombre con cabeza de perro era un dios con cabeza de perro. Los mosquitos dejaron de importarme. Aunque los demás no prestaron atención, de eso estoy seguro. El poema fue largo, si bien no me pareció largo y sería difícil describirlo. Es imposible describir la poesía. Decir de qué trata algo, a menudo lastra su valor. Qué cuenta algo. Para qué se quiere saber... Solo la forma interesa, el contenido podría hasta resultar secundario. No es lo mismo el golpe de una mano, que el golpe de una mano envuelta en un guante de boxeo. La poesía es un accidente.

El hombre con cabeza de perro recitó. Estuvo varios minutos frente a nosotros; debió estar varios minutos. Luego se levantó sin esperar a que nadie dijese nada o aplaudiera. Y se fue. Nadie iba a aplaudir. No creo que nadie atendiera o entendiera. Mis compañeros suelen centrarse de más en su propia mierda y la *performance* que tienen programada ejecutar cada vez, por eso no ven más allá de sus ombligos, o sus ronchas. No los critico. En el fondo todos somos así. Yo tampoco iba a aplaudir, no porque no me causara impresión, sino por todo lo contrario. Me paralicé. No aplaudí. Me paralicé incluso si lo vi irse, porque qué podría decirle yo a Ricardo para retenerlo, si para mí la literatura resulta apenas ese presentimiento.

Después reaccioné. Fue cuestión de segundos. Quizá un par de minutos. Me levanté. Dije entre dientes un "hasta luego", que quiso ser un "hasta más ver" y bajé la escalera a toda velocidad, para encontrarme en la puerta de la calle. La escalera crujía bajo mis pasos acelerados. Y ni así lo alcancé.

El hombre con cabeza de perro ya no estaba. Y pasaba otra gente por allí. Parejas. Siempre vemos parejas si estamos solos. Pero no me iba a quedar conforme. Había luna llena en el cielo y estrellas. No recordaba haber visto tantas estrellas en toda mi vida, en oleaje, casi podría asegurar que todas se movían en fuga a la vez. Entonces recordé que los perros le aúllan a la luna y que pueden rastrear si hacen uso del olfato. Y aunque yo no era un perro, el otro sí. El otro tenía cabeza de perro y el olor a perro. Levanté la cabeza, con la nariz y la vista hacia el cielo. Y empecé a caminar así. Anduve hasta el final de la cuadra. Doblé en una esquina, caminé, caminé... Bajé la cabeza y lo vi, veinte metros casi adelante, en una calle de edificios antiguos y cubiertos de hollín. Iba solo. Entonces recordé otra vez que lo conocía. Lo había visto antes y no se llamaba Ricardo. Su cabeza y su cara de perro me resultaban familiares.

Inició mi persecución. El hombre con cabeza de perro no se dio por enterado. Se detuvo dos veces para saludar a personas que, sin embargo, tuve la impresión de que no sabían quién era, aunque fueron amables. Lo suficiente, tampoco exageraron. Se marcharon en cuanto pudieron, pese a que Ricardo intentaba retener sus manos, su atención. Luego percibí el truco, su forma de ganar plata, porque en otro instante lo escuché recitar. Yo permanecí escondido detrás de un árbol. Ricardo susurraba, recitaba y el hombre de la pareja a la que le interrumpió el

paseo nocturno, le regaló unas monedas, mientras la mujer hizo como que reía para tapar su cara, con disimulo, no quería que la reconocieran. Ricardo se echó las monedas en un bolsillo y me pareció que se esbozaba en su rostro una mueca, parecida a la sonrisa, solo que los perros no se ríen y resultó una mueca... Pensé “así se deshacen de él”. Pensé también: “la poesía no se compra, no se puede. Esa es la razón de la mueca...”. Imaginé que el hombre y la mujer luego intentarían recordar los versos, después en su cuarto, en el calor de su cuarto, a otra hora, tal vez juntos, y no iban a lograrlo, porque carecen de valor... La poesía excede cualquier valor.

—Mucho gusto, me llamo Ricardo —dijo él e interrumpió mis pensamientos.

Debí acercarme demasiado sin darme cuenta y se percató de la persecución.

—Ricardo —repetí y lo saludé, con la mano—, pero no mencioné mi nombre, mi nombre...—. Tu poesía... —susurré, sin saber bien qué más decirle; agradecí su interrupción.

—Una vez viví en un albergue de perros, horrible. Nos tenían ahí por caridad, y lástima. Animales recogidos de la calle... Sin dinero ni para darnos de comer; una sola vez al día nos ofrecían un caldo de viandas muy aguado. Tan pobres los pobres, no se les puede culpar. El resto de los animales estaban famélicos. Y yo no sé cómo tuve fuerzas para escapar de ahí. Ni siquiera me importaba hacia dónde. Fue el instinto. Los perros tienen instinto, ¿sabe? Por supuesto que sabes.

—Tu poesía... —esta vez fui yo quien lo interrumpió, sin todavía saber qué decir. Paralizado. Me volví a quedar paralizado.

Él me miró con sus ojos de perro, chiquitos y entrejuntos, unos ojos tristes, demasiado pequeños. Instinto, entonces quizá se trataba de instinto... ¿Era esa la clave? Y echó las orejas hacia atrás.

—Yo lo vi leer allá... Leer no. Yo lo conozco —le dije—, pero no de hoy. Y usted no se llamaba Ricardo. ¡O sí!

Le reclamé sin ninguna claridad y hasta con un poco de rabia.

—No me trate de usted. No es necesario. No soy nadie.

Caminamos uno al lado del otro, muy próximos. Estábamos cerca de una esquina, junto al lago, bajo la luz de la luna más potente a esa hora que la de la lámpara cercana del alumbrado público. La luna y las estrellas se movían casi alrededor nuestro. Al aire libre el olor de Ricardo no molestaba. Al contrario, tenía un acento familiar, como de estar en casa. Recordé que de niño, como todos los niños, tuve un perro, o varios. Mis perros se morían uno detrás de otro, si bien todos tenían nombres diferentes: Negrito, Faraón, Chiqui... Nombres de perro: Shakespeare...

—No soy nadie —repitió.

—Todos somos... —quise excusarme y él debió entenderme—. ¿Y usted? Esos versos... Señalé el bulto de papeles que todavía sostenía bajo un brazo.

Pude fijarme entonces en su ropa, verla de cerca. Estaba raída, y no parecía suya. Le quedaba demasiado grande en algunas partes y apretada en otras, algo difícil de describir, sin importar su aspecto limpio. De seguro obtuvo esas ropas al salir del hospicio, pero no creí que le importara.

—A algunos les parecen monstruosos mis versos; yo les parezco monstruoso —ladró y después comenzó a estornudar.

Tan pobre, resultaba natural que estuviera resfriado. Los artistas bohemios viven un poco enfermos siempre. Y estaba además lo de la ropa llena de polvo y ácaros, más la humedad del lago tan próximo.

—Su poesía es visceral, monstruosa pero en el buen sentido. —Yo habría querido pasarle la mano por la cabeza, pero no me atreví. Recordé la mordida del gato rabioso y me alegré de no dejarme llevar por el impulso; nunca se sabe... Pero no sucedía lo mismo; después de todo, los gatos y los perros no se llevan bien.

—Tengo un hermano gemelo —me confesó—. Pero no lo conozco. Mi hermano menor. Aunque a menudo la gente me confunde con él, me dice que he hecho cosas que nunca he hecho, o que he visitado lugares que ni sé... Compartimos el vientre de mi madre, al mismo tiempo. En el vientre de mi madre, nuestra madre, nos mordíamos la cola. Ese era nuestro juego. Mi hermano se quedó en el vientre de mi madre demasiado tiempo. El vientre de mi madre no paró de crecer. En lugar de aliviarse con mi nacimiento siguió creciendo, hasta que luego se secó, como el maíz cuando lo agota una plaga. Después supe que en mi tierra el segundo de los gemelos muere siempre y si no muere lo matan al nacer. Durante mucho tiempo sentí culpa por haber nacido antes. Sueño a menudo con él. Mi madre siempre habló mal de mi hermano. Decía que casi la llevó a la muerte. Se le quedó dentro y trató de arrastrarla con ella. Dice que él hizo de todo para no venir al mundo.

—¿Un hermano gemelo? —No entendí su confesión, ni la historia que me contaba—. Entiendo —repliqué, aunque no

comprendía, si bien mi boca habló antes que pudiera pensar—. Por eso tu llegada a la librería y su taller...

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Sí, me dijeron que él... A veces creo que él es quien escribe los versos, me dicta los poemas. En algunos lugares el segundo hermano muere, o lo matan al nacer. Pero la muerte es una farsa, eso lo sabemos todos los poetas.

Estábamos cada vez más cerca del lago. Yo lo había seguido por la poesía y de pronto se me olvidaba, o aquello perdía importancia ante el recuento de su vida.

—Todos los poetas —repitió...

El lago, el vientre de nuestra madre y, una puerta.

—A menudo me gusta mirarme en estas aguas. Solo entonces no me siento tan solo —musitó.

Volví a vernos, me asomé... Pude ver nuestro reflejo en el lago, y alrededor nuestro el cielo de estrellas que nos envolvía. Y recordé que los dos teníamos cabeza de perro, aunque la mía pareciera la de un perro lampiño, con rosácea, una cabeza casi humana, secundaria, como los deseos de la poesía y no poder, como saber que existía algo más y yo no llegaría a alcanzarlo. Me sorprendió que él pensara que yo podía dictarle algún poema, yo, que no paraba de buscar, aunque ahora la búsqueda alcanzaba otra dimensión, nuevo significado.

Mi cabeza de perro podía confundirse con la cabeza de perro de Ricardo, si uno se quedaba un rato mirando aquella agua.

Los dos sonreímos sin mirarnos. Si el segundo gemelo muere... Al parecer yo estaba muerto. Yo, el que buscaba... ¿Cómo era mi nombre? Entonces debía conducirlo, guiarlo al otro lado. Mientras tanto ocurriría la poesía.

—Vamos —le dije y Ricardo comenzó a aullarle a la luna.
Después los dos entramos en el lago.

Barbarella D'Acevedo (La Habana, Cuba, 1985). Escritora. Profesora y editora. Teatróloga, graduada del ISA y del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Miembro de la UNEAC. Ha obtenido múltiples galardones, entre los que se encuentran: Premio de la Ciudad de Holguín en Narrativa, Hermanos Loynaz en Literatura infantil, XIX Certamen de Poesía Paco Mollá (España), La Gaveta, Bustos Domecq. Publicó *Basilio y el deseo* (DMcPherson Editorial), *Érebo* (Aguaclara Libros), *El triunfo de Eros* (Editorial Ácana), *Tren para Salinger* (Ediciones Loynaz), *La casa, el mundo y el desierto* (Ediciones Hurón Azul), *Marea roja* (Ediciones Enlaces), entre otros.

— • —

GEPETOS

CHRIS MEDINA G.

Diario escrito de Notch Pines. Amarillo 70, 2222.

He sentido últimamente que el fruto de mi trabajo está más que podrido. Brindar un servicio tan mal pagado, tan engañoso, no hace más que tumbarme en el sillón para querer arrancar mis ojos casi todos los días. Si supiera hacer algo más que jugar al detective para la comisaría seguramente ya andaría por otros rumbos, sin embargo me hallo atado por la puta necesidad que no concuerda con mi ansiedad cuasi suicida.

Quizás algún día por fin lo haga.

Por lo pronto, abro nuevamente este espacio como testimonio de mi vida, respaldo laboral e incluso una suerte de blindaje legal ante cualquier desgracia que pueda sucederme a mí o a cualquiera de los involucrados. El caso en cuestión gira en torno al señor Nolan, quien fungió como subgerente del cine Elixir desde el año 2217 hasta hace una semana, mucho tiempo considerando que han cambiado de gerente nueve veces; ¿por qué no ascenderlo a él? Resulta que Nolan fue encontrado

en un pendrive, es decir, el mayor porcentaje de su mente fue trasladado al plano cibernético sin consentimiento escrito, o por lo menos hasta donde sabemos. Su mujer entró esa noche en el recinto casi al finalizar el turno con la intención de darle una sorpresa, con comida caliente y toda la cosa; lamentablemente, solo encontró una mano con el hueso expuesto, solitaria, identificada por ella misma como perteneciente a su marido, aún con dos anillos identificables en los hinchados dedos índice y anular. La mano derecha y el resto del cuerpo de Nolan Carter no han aparecido hasta la fecha, solo un rastro de sangre en la alcantarilla de la calle White Snow, justo donde se encuentra el cine. El líquido que escurría dentro del registro ha sido analizado y concluido como concordante con el único pedazo de carne que quedó de ese pobre infeliz.

¿Sospechosos? La esposa, por supuesto, y el gerente actual, quien desapareció la misma noche del crimen. Hay un par de trabajadores que también podrían estar involucrados.

La policía investiga, y mientras me encomiendan ahondar en este tipo de casos que hacen el llamado del periodismo, con la mayor discreción posible. No es fácil escarbar debajo del agua, pero parece que soy el único que sigue estando dispuesto a hacerlo por poco más de un salario mínimo. La ventaja de no tener familia es que no batallo mucho para pagar las cuentas. Sin considerar mi deuda con Banco Intermundial, hasta podría decirse que llevo una vida decente.

Esta noche tocará ir al bar de enfrente, pues aunque el cine está infestado de cámaras, solo una funciona, la que apunta hacia la entrada de los baños del lugar. El contenido: doscientas ochenta horas de grabación que los polis ya examinan con la

IA de los de arriba; buscan rostros recurrentes, armas, incluso drogas. Aunque no hallen nada sobre este caso, igual buscarán un bono por dar con delitos menores y encarcelar a un par de desviados. Espero que mañana ya esté terminado ese trabajo, pues aunque esa cámara es limitada, su contenido es nuestra única esperanza de avanzar con rapidez. Por ende, el bar al otro lado de la calle podría tener algún material de aquel día. Los edificios de los lados están protegidos por la nueva Ley Anti Espionaje Cibernético que ya no permite acceder con tanta facilidad al material de otras cámaras de video, ni siquiera para asuntos federales. Podríamos perder hasta dos años intentando acceder a esas grabaciones y justo es tiempo que no podemos permitirnos ante la premura de dar con el responsable de esta mierda.

He regresado de mi visita al bar; conocí a Flor, la encargada del lugar. Entre luces amarillas y rojas externó su preocupación por cualquier amenaza que pudiera estar acechando a los locatarios de White Snow y de las calles aledañas, confesó que recientemente una banda de camioneros reptiles ha estado cobrando sustanciosas cuotas por protección en contra de la delincuencia. Esos híbridos siguen siendo una molestia; solo hacen quedar mal a LabLive, sus creadores, quienes todavía quieren convencernos de que no todos esos reptiles son malos, simplemente el libre albedrío ha llevado por malos caminos a algunos de ellos. Pues estos camioneros son un grano en el culo. Flor teme que este asesinato sea un aviso por parte de ellos y, que si se niegan a pagar cuotas cada vez más altas, puedan arrasar con toda la ciudad y posteriormente con todo el estado. Por

supuesto que tengo que encontrar a alguno de estos bastardos; no obstante, realmente no creo que sus diminutos cerebros sepan cómo burlar un sistema tan complejo para meter la mente de un humano en un pendrive; son puro músculo escamoso. No los veo como culpables, pero algo sabrán.

Poco más, me mostró la grabación de esa noche y solo alcancé a ver una corriente de agua que llega hasta la coladera. Hay un ligero movimiento de algo que parece ser una gabardina por la esquina inferior derecha, lamentablemente no puede distinguirse nada más. Literalmente podría ser cualquier cosa. Hoy no avancé mucho, solamente encontré un buen sour, quizás pase en otra ocasión por otra copa.

Diario escrito de Notch Pines. Amarillo 80, 2222.

Nuevo día y en la comisaría dicen que la revisión de la grabación del cine va lenta, por lo que habrá que esperar por lo menos hasta que sea Azul para tener un poco de suerte. El monopolio de las IA por parte del Estado y la prohibición de otras alternativas han llevado a una saturación de los sistemas y al aletargamiento menos oportuno para estas particularidades. Como sea, el capitán también habló conmigo sobre los camioneros, pues es un asunto pendiente desde hace tiempo; le pedí no alertarlos demasiado por ahora, incluso que cesen con las detenciones en medida de lo posible; será más fácil hablar con ellos fuera de las rejas y con los nervios más calmos; son reptiles al final del día. Estuvo de acuerdo, así que le aseguré la captura de, por lo menos, la mayoría de ellos en cuanto

tenga lo que necesito. Fingir de vez en cuando es necesario para lograr avanzar, de lo contrario todos estaríamos atascados en nuestros propios intereses. La eternidad de las arenas movedizas diogénicas.

Hoy toca dar dos rondines en White Snow para dar con algún camionero; 11 y 16 horas, recorridos de 15 minutos por un máximo de dos horas para evitar sospechas. No auguro éxito.

Siendo las 12:23 del Amarillo 80 me retiro a almorzar, ninguna señal ni pista. Al parecer la clausura del Elixir ha mermado en sobremanera la afluencia de gente por aquí, apenas un par de trabajadores que circulan hacia otros destinos y algunos borrachos listos para entrar en el bar. En *El Astronauta Digital* todavía no han publicado la noticia de la investigación en curso; es bueno tener margen.

Hora de retirarse, tomar el dron personal y volar a una distancia de, por lo menos, siete kilómetros. Resulta crucial cortar el lazo de vez en cuando. Si no cambio de parecer, estaré en el Bruce Myers comiendo una buena hamburguesa de mono venusiano hasta las 15 pm.

Regresé a tiempo para el turno de las 16 horas. No hubo rastro de los reptiles híbridos. Mi jodido rostro reflejado en el asfalto mojado solo evidencia la complejidad de este caso. Platiqué con Flor, me dijo que los extorsionadores regularmente pasan el día 100 o 10, así que no estoy tan alejado de encontrarlos si eso es verdad.

Diario El Astronauta Digital. Amarillo 90, 2222.

El sol brilla un día más para Alysha Marcone, quien se perfila para ser la nueva alcaldesa de Jiminy. Las encuestas la han posicionado como la digna sucesora de su padre, Timón, quien ha sabido mantener entusiasmados a sus habitantes. A pesar de su respaldo al gobierno federal, mismo que ha perdido cuantioso apoyo según nuestras encuestas debido a sus nexos con LabLive y la aprobación de leyes en contra de los Derechos Humanos, los Marcone han sabido abrirse paso para convencer a los jiminenses de que sus actividades enfocadas en los parques públicos y las actividades curriculares para sectores vulnerables son lo suficientemente decentes para seguir apoyándolos por otros diez años, ahora con una cara femenina.

En entrevista con nuestros colaboradores, Jack Sellick, Doctor en Ciencias Sociales e Historia, asegura que el diferenciador entre los Marcone y el impopular mandato de Michael Arau en la ciudad de Grillo es, según sus palabras, por un pacto derivado de las constantes presiones ejercidas por un grupo no oficial que ha tenido al gobierno atado de manos y que presuntamente podría estar relacionado con el tráfico de drones de transporte genéricos que ha dejado decenas de muertes por caídas desde 2220, así como los rumores del regreso de extorsiones como las que se efectuaban en el siglo pasado.

Diario escrito de Notch Pines. Amarillo 90, 2222.

O la prensa me está dando chance o realmente son tan idiotas como para ignorar el crimen mundano en víspera de elecciones. Los culpo por saber lo que les conviene. A ese tal Sellick no le falta razón, obvio que está hablando de los reptiles; la gente de Jiminy es consciente de la presión que ejercen para que, directa o indirectamente, voten por los Marcone.

Aquí en la tierra a mí me toca cambiar la planeación de los rondines de hoy para pasarme a las 10 am y a las 17 horas por White Snow. Para mi desgracia, ayer Flor me indicó que estos camioneros no tienen un tiempo determinado, pues aunque suelen pasar a fin de mes también son precavidos en no recurrir a los mismos horarios.

A las 7:30 de la mañana recibí una llamada de la comisaría; resulta que la mujer de Nolan sigue en shock, el pendrive no tiene respaldo legal para saber qué haremos con él y la examinación de la cámara del cine no ha llegado a su final; sin embargo, hay un rayo de luz en medio de toda esa niebla. En la calle Nuestra Señora, edificio D, departamento 202, hay un testigo que quiere hablar conmigo a las 11:30 am, me llamó personalmente e hizo énfasis en que no quería “puercos” uniformados o no diría nada. Después del primer turno pasaré a hablar con él y tal vez tenga que comer dentro de Jiminy; Flor sabrá de un buen lugar.

El primer turno fue una basura, no tenía idea de que a esta ciudad sí le llega un momento de calor a tempranas horas que

realmente rostiza la piel como no queriendo. Jamás vi el sol en plenitud detrás de esas nubes espesas y aún así se las arregló para dejarme roja la nariz. Vi menos gente que en mis dos turnos de ayer y el bar ni siquiera estaba abierto. A las 11:15 me dirigí a Nuestra Señora, pasando por Lt. Chik, pero no di con el timbre. Supuse que el indicado estaba en la otra calle, del lado contrario del edificio, y justamente en B. Lumière encontré el 202 adornando un botón verdoso escondido entre un puñado de enredaderas.

Esperé cerca de media hora pensando que el timbre no funcionaba, lo cual era lógico dado su estado deplorable, aunque finalmente se abrió una de las puertas del edificio. Un simio azulado me recibió con cara de pocos amigos, me invitó a pasar con gestos manuales y subimos hasta el 202. Estoy seguro de que mi rostro no pudo evitar ocultar el desagrado de presenciar a un mayordomo tan peculiar. Me equivoqué rotundamente al prejuizar.

Pasamos a la modesta sala y nos sentamos en un sillón que era igualmente utilizado como cenicero. Contemplé el asqueroso departamento, buscando entre sus grietas las respuestas a tal demora. El contacto no llegaba mientras pasaban los minutos, así que encendí un cigarrillo, el mono no podría molestarse, ¿o sí?

La premura y la sorpresa entorpecieron mi actuar consecuente, haciéndome olvidar una de mis herramientas más importantes: el audio. No documenté de ninguna forma el encuentro, y sin embargo puedo asegurar con toda confianza de la veracidad que puede dar mi memoria. Trataré de transcribir

con la mayor fidelidad la conversación que se tuvo en el 202; palabras más, palabras menos.

—¿Y qué? ¿No me vas a dar uno? —eructó una ronca voz a escasos cincuenta centímetros a mi izquierda. Por más que quise encontrar al orquestador no di con él, “tendría que haber sido tan diminuto como un chapulín”, pensé con toda la lógica disponible. Por supuesto pregunté quién había dicho eso.

—Yo, pendejo —dijo aquel ser, señalándose a sí mismo con el dedo índice para evitar más confusiones innecesarias.

El maldito mono azul estaba hablando, insultándome tras haberme pedido un cigarro. Aquella suerte de chimpancé espacial no solo violaba las normas de la naturaleza, sino que se sentía tan cómodo con lo inusual de la situación.

—Sí, sí. Un pinche mono que habla, qué maldita novedad. Dame de fumar un poco y prometo explicarte cada detalle. La memoria de Nolan merece la verdad.

El engendro de apenas medio metro estiró su mano, así que no tuve más opción que entregarle el micro soborno y encenderlo.

—¿Eres el contacto? —pregunté, cuando por fin me envalentoné.

—Obvio. José, a tus órdenes. —Y estreché su manita mientras sacaba humo hacia la otra dirección.

Me contó que el departamento no era suyo, sino de un amigo que le daba asilo debido a su condición actual, mismo que no sabía que yo vendría, por lo que teníamos que apurarnos para acabar antes de que volviera de las compras. Confirmó su identidad como José Buratino, el gerente actual del cine Elixir, quien nació como humano, pero que ahora se encuentra

encarcelado en ese cuerpo de simio azul que claramente es exportación espacial. Tachó a Nolan de mojigato y tacaño, aunque, dijo, era un buen tipo que no merecía morir. Le expliqué que técnicamente no está muerto, y a ambos nos cobró sentido todo. El gerente recuerda que aquella noche sintió un golpe seco en su nuca acompañado de un sonido metálico, posiblemente un sartén, tras buscar a Nolan para discutir un asunto de logística por una premiere, y al despertar se encontraba en la animalística situación actual tirado en un callejón. Concluimos que el cambio de mente se efectuó en ambas víctimas, Nolan y él, solo que al primero lo metieron en una USB por alguna razón, y en este caso a un mono venusiano. Lo importante, pues, es dar con los cuerpos de ambos mientras encontramos al culpable; las razones de este embrollo saldrán a posteriori. Charlamos otro rato sobre las dificultades de ser un simio, no pude más que compadecerme de él, notar su desesperación por no poder hacer nada más; será el siglo XXIII y todo, con lo fácil que fue para alguien meterlo en ese cuerpo, pero la verdad es que no se nos ocurrió ninguna forma para remediar su desdicha. Sin embargo, si fue posible meterlo en un simio, quizás sea igual de posible regresarlo a su cuerpo original, solo tenemos que encontrarlo.

Le ofrecí ir a la comisaría, no quiso, prefiere mantener su estatus como secreto hasta que demos con más pistas. Irremediablemente tengo que acatar sus deseos, no es factible perder su confianza ni exaltar a los policías.

Salí del edificio, no sin antes regalarle el resto de la cajetilla al pobre diablo.

Sin tiempo para comer, en el turno de las 17 horas vi pasar cautelosamente dos camiones blancuzcos por White Snow, parecidos a los que usan en las mudanzas. Se fueron rumbo a Grillo sin parar. Por la noche Flor me aseguró que esa es la misma forma de vehículos que ellos usan; incluso, sin preguntarme, dijo que usan la marca de una serpiente. Qué originales. Justamente fue lo que vi.

Diario escrito de Notch Pines. Amarillo 100, 2222.

Lo de ayer parece un mal viaje, un mono que habla. Ahora lo recuerdo un poco borroso, pero mi propio diario confirma que es real. Hoy toca investigar a José, saber más de él. Y dos rondines más: 9 am y 18 pm.

Increíblemente, apenas empezando el primer turno volvieron a pasar los dos camiones rumbo a la ciudad de Grillo, lo cual quiere decir que su base no debe estar tan lejos de aquí y ya deben estar empezando a cobrar cuotas allá. Contactaré a la comisaría sin despegarme de aquí, esos reptiles pueden venir en cualquier momento.

Llamé al capitán Hierro con el fin de preguntar por el perfil de todos los sospechosos, antes quiso interrogarme sobre la visita al departamento 202. Prometimos enviarnos los datos por redlular, aunque él deberá esperar un poco más; hizo su parte y estas son las fichas que me envió:

1. Nombre: Huen Su Carter.

Edad: 44 años.

Ocupación: Comerciante (comida) en el mercado Holland.

Escolaridad: Licenciatura en Gastronomía.

Estatus: Localizable*

Relación con el caso: La señora Huen se casó con Nolan hace quince años. Actualmente tienen una casa en la ciudad de Saltos, al norte de Jiminy, como a 50 minutos del cine. Se trata de la sospechosa que dio con la mano de su esposo, dando así aviso a las autoridades. A pesar de que su salud se ha visto seriamente afectada por causa del suceso, es preciso investigar cómo es que ella fue la primera persona en enterarse y no algún empleado del Elixir. Será menester interrogarla profundamente una vez que recupere la razón.

2. José Buratino.

Edad: 36 años.

Ocupación: Gerente del cine Elixir en ciudad Jiminy.

Escolaridad: Bachillerato concluido.

Estatus: Desaparecido.

Relación con el caso: Buratino ha vivido toda su vida en Jiminy y tiene un largo historial laboral, trabajó desde temprana edad. Su más reciente logro fue haber obtenido la gerencia del cine Elixir. Según cuentan sus empleados, es un hombre extrovertido con un carácter bastante fuerte. Se solicita dar con su paradero, pues desapareció la misma noche en que Nolan fue dispuesto en un pendrive, razón por la cual también podría estar envuelto no solo como testigo.

3. Nombre: Mandy Macías.

Edad: 19 años.

Ocupación: Estudiante y ayudante general del cine Elixir.

Escolaridad: Licenciatura en Biotecnología en curso.

Estatus: Localizable.

Relación con el caso: De personalidad reservada e introvertida, Mandy es una joven trabajadora del cine, lleva cerca de un año laborando para el Elixir y, por lo tanto, conociendo a Nolan. La noche del suceso se le encontró en una de las bodegas, aparentemente colocando los objetos de limpieza. A pesar de su coartada, su compañero, Kevin, asegura que tardó mucho más tiempo de lo normal. Por ahora solo estudia en la Universidad Melquiades en el turno matutino.

4, Nombre: Kevin Levitt.

Edad: 27 años.

Ocupación: Empleado del cine Elixir.

Escolaridad: Desconocida.

Estatus: Localizable.

Relación con el caso: Kevin lleva dos años más que Mandy laborando en el cine junto a Nolan Carter. Por lo que dice, fue su mano derecha durante todo este tiempo y ambos se habían prometido escalar a gerente y subgerente respectivamente. El muchacho tiene una personalidad repleta de honestidad, ha dejado ver su amplio sentido de competitividad hacia el resto de sus compañeros, excepto para Nolan, a quien idolatra notoriamente.

Siendo las 12:11 horas, me dirijo hacia la entrada del bar. Un solo camión llegó y uno de esos híbridos reptiles entró con Flor. Debo actuar.

Audio propiedad de Notch Pines, Amarillo 100, 2222.

Notch Pines (NP): Bien, quiero empezar haciéndote saber que esto terminará peor para ti si es que no cooperas. Solo necesito saber un par de cosas, ¿crees poder ayudarme?

Reptil (R): Ya veremoss.

NP: ¿Quieres algo a cambio? Acabo de joderte un tobillo, no creo que estés en una posición cómoda para negociar.

Flor (F): En serio, tienen que hacer esto afuera.

NP: Lo peor ya pasó, solo cierra el bar unos minutos y te prometo que estaremos bien. ¿Cuántos de ustedes son?

R: Hay dossss más en el camión. Pero ssssomossss como cuarenta en total.

NP: ¿Porqué hacen esto, cobrar cuotas?

R: Para ofrecccc protección a los jiminensssssss. Hay mucha delincuenccccia hoy en día.

NP: O sea que ustedes no son los delincuentes.

R: Yo no.

NP: ¿Quién sí?

R: No me refería a essso. No entiendesss la labor que llevamossss a cabo. La cccciudad esssstaría peor sin nosotrosss.

NP: ¿En dónde se agrupan?

R: Lejossss.

NP: Primer strike, no voy a tolerar tus juegos. Sé que radican cerca de Jiminy, los he observado. Te lo advierto, más mentiras y serás lagartija ahumada.

R: Donkey Ssstreet. Compramossss un terreno a lado de la fábrica de vidrio.

NP: Nos vamos entendiendo. ¿Cuándo fue la última vez que cobraron cuota por estas calles?

R: Iniccccio de messss. El ccccién, me pareccccc. No, no, el diezzzz. Esta messssera te lo puede confirmar.

F: No miente el renacuajo.

NP: Bien, necesito precisión con esto. ¿También cobran en el cine Elixir, el de enfrente? Tengo que saber si han estado dentro, si sabes de algún problema que hayan tenido con esa locación, cualquier cosa.

R: Tenemossss un contacto interno. Digamossss que essss un amigo que nossss da boletossss o comida, lo que ayuda a que la cuota del Elixir ssssea baja.

NP: ¿Quién? ¿Hombre o mujer?

R: Hombre, como de treinta. Yo no lo conozzzzzco en realidad, lo he vissssto de lejossss.

NP: Ok, supongo que sabes que ahora está clausurado.

R: Ssssí.

NP: ¿Alguna idea de lo que pasó?

R: No. Pregúntale al interno, esssstoy sssseguro de que tiene informacccción.

NP: Nuestro culpable.

R: No dije esssso, idiota. Pero por lo que he oído essss quien realmente mueve esssse esssstablecimiento. Él te hablará con mássss exactitud.

NP: Excelente. Última pregunta. ¿Marccone o Edwards?

R: Marccone. No, esssspera, no quissse decccccir esssso.

Finalmente logré un avance importante, documentado. Uno de esos reptiles habló, lo dejé ir después de darle una paliza e interrogarlo. Quedamos en que ninguno de los dos diría nada que nos pusiera en peligro, y Flor tiene inmunidad total. Según la escasa descripción tanto Kevin como José podrían ser el contacto que tienen dentro del cine, así que hablaré con el primero mañana, hoy ya tuve suficiente.

Diario escrito de Notch Pines. Azul 10, 2222.

Nuevo día y nuevo mes. Hoy fue turno de visitar a Kevin Levitt en el 49 de Lt. Chik; vive con su madre, quien está en cama sin poderse mover, aunque con la conciencia bien despierta. El muchacho me recibió resignado, sabiendo que tarde o temprano le harían preguntas. Me creyó reportero, decidí no desmentirlo.

En medio de su actitud de persecución, con una prisa por hacerlo todo a la vez, noté que parece molesto con su madre, quizás por estar en una situación donde depende casi al 100% de él. No tener trabajo ahora debe estarle afectando mucho más.

Platicamos sobre su vida laboral, cómo había llegado al Elixir y su relación con Nolan Carter. En efecto, lo elogió

casi obsesivamente, viéndolo como una figura a seguir y, en sus palabras, un ser que le recordaba a su difunto padre. Prácticamente confirmó todos los puntos tocados en la ficha que me mandaron de la comisaría, no mucho más.

Esperé a que se sintiera un poco más en confianza, le hablé cortésmente y escuché con detenimiento los retos que conlleva trabajar en un cine tan grande y antiguo, considerando el poco personal que lo maneja, así como las herramientas viejas que siguen utilizando ahí. Cuando sentí que ya tenía su confianza decidí atacar, así que le pregunté cuáles eran sus intenciones con los híbridos reptiles, cómo llevaban el asunto de las cuotas. Ahí fue cuando cambió totalmente, sus hombros se encogieron, se ruborizó ligeramente e, incluso, me parece que tartamudeó un poco. No obstante, se deslindó del asunto, confesó saber de la existencia de ello, pero es el gerente quien se suele hacer cargo, razón por la cual es un puesto que queda vacante con más constancia que los demás. No me hizo sentido, difícilmente un contacto con tal acuerdo puede ser transferido entre gerentes. Mentía.

Me despedí sabiendo que probablemente volveré a venir. Inmediatamente recibí una llamada del capitán exhortándome a mandarle la información que había recabado en el 202, le dije que seguía en proceso con el contacto, cambiamos de tema cuando escuchó que ya tengo la ubicación de los reptiles, le dije que se la daré terminando el caso de Nolan. Y, carajo, las dos mejores noticias de la historia: mañana podré pasar por los resultados de la grabación del cine Elixir, pero también la señora Carter acudirá para hablar. Hoy se duerme temprano.

Más tarde pasé al edificio donde se está quedando José, el mono; dudé si tocar el timbre, pues podría estar su amigo, mas no tengo otra forma de contactarme con él, así que oprimí el botón. Esta vez el chango bajó mucho más rápido y me hizo pasar casi corriendo, cerró la puerta con fuerza, se asomó por la ventana, me ofreció una copa de whiskey y prendió el psicovisor, donde pasaban una de esas antiguas películas de Robert Eggers.

No me permitió grabar su imagen, aunque estuvo de acuerdo con el audio.

Audio propiedad de Notch Pines, Azul 10, 2222.

Notch Pines (NP): Estoy con el señor José Buratino, ¿es correcto? Bien, hago constancia de mi compromiso con usted de no hacer pública esta información, ni compartirla con mis contactos dentro de la investigación hasta su previa autorización. Parece ser que tiene información relevante, ¿verdad?

José Buratino (JB): Sí. Han pasado cosas desde que platicamos por primera vez. No esperaba tu visita, así que no sé por dónde empezar.

NP: Supongo que no tenemos mucho tiempo, así que puedo pasar en otra ocasión si así lo prefiere.

JB: ¡No! Es preciso que lo sepas antes. Imagino que conoces a LabLive.

NP: Imposible no conocer a la empresa más grande de avances científicos, esencial para el gobierno desde que llegamos a Marte y luego al resto de la galaxia.

JB: Ajá. Entonces debes estar al tanto de las polémicas que rondan sobre su imagen. Sabrás de sus relaciones federales que han sido investigadas por corrupción desde el ámbito independiente, o de lo que envuelve a sus experimentos para crear seres híbridos con ADN humano y animal.

Tienes que creerme, porque posiblemente no me quede mucho puto tiempo, pero he dado con notas que revelan que mi “amigo”, el dueño de este departamento, trabaja para esos cabrones, y es parte del Proyecto Gepeto. Ten, dentro de estos documentos encontrarás más información al respecto. Estoy casi seguro de que lo que nos pasó a Nolan y a mí tiene que ver con sus experimentos no regulados, solo que no entiendo el propósito. Y yo creía que era mecánico.

Ahora lárgate, no vuelvas por aquí.

NP: Estás loco. Ven conmigo, te llevaré a un lugar seguro.

JB: Ni madres. Me encontrarán y también te darán cuello. Debo quedarme y fingir que no sé nada, así tal vez pueda enterarme de más detalles para que tengas toda la información necesaria para encarcelarlo a él y a los demás Gepetos. Anda, para afuera que se hace tarde.

Diario escrito de Notch Pines. Azul 20, 2222.

Después de hablar con José tomé mi dron personal y volé hacia mi departamento; mientras me iba pude ver que alguien llegaba

al edificio donde se hospeda el mono, quizás es él el Gepeto del que me habló. Nada más llegar caí rendido en cama, no he tenido tiempo de leer los documentos que me dio Buratino.

Hoy desperté lo más temprano que pude para ir a la comisaría; tenía mucho tiempo que no volvía a ese recinto gótico repleto de uniformados blancos. El capitán me recibió después de una hora, estaba ocupado con papeleo; me llevó con los especialistas en IA, quienes afirmaron que la grabación fue revisada meticulosamente y que el margen de error era prácticamente cero. Aquel trío de becarios se veía entusiasmado de pertenecer a la investigación, por lo que mi actitud al ignorarlos estuvo respaldada en evitar subjetividades con mi trabajo.

Recortaron siete fragmentos para mostrarme y dos más que serían para Hierro; les pedí revisar los nueve. En los dos primeros se observa a Nolan entrando y saliendo en repetidas ocasiones del baño con un rostro ansioso y no pudiendo evitar temblar. Era drogadicto o tenía ansiedad, es todo. Los dos siguientes no muestran más que a un cúmulo de muchachas, al parecer buscadas por robos menores en Beauty Mall, y un señor buscado por temas de abuso; en efecto, estos son los que se quedan con el capitán, videos ajenos a mi investigación. Otro fragmento muestra a una figura entrando primero al baño de hombres, tarda unos minutos y luego se mete al de mujeres, no obstante jamás se le ve salir; la gabardina de la persona me parece conocida, tendré que revisar mis notas. Los dos siguientes videos dejan mucho para pensar, pues se ve a Mandy y a Kevin discutiendo; en el primero se les nota más tranquilos, conversando sobre algo, y al final la chica azota la puerta del baño

de mujeres produciendo la partida del muchacho; el segundo parece una pelea, se nota que alzan la voz, manotean, incluso Kevin toma del brazo a Mandy jaloneándola con cierta fuerza, ella parece resignada al final y asiente. Desaparecen ambos del recuadro. El penúltimo hay que tomarlo con pinzas, pues se mira a Nolan caminando por el pasillo cuando ve a Mandy llorando, se le acerca, platican, ella lo mira con admiración y sonríe, él palmea su hombro izquierdo, le toma el mentón, entonces ambos ríen, se puede leer “gracias” en los labios de la chica, Carter retoma su rumbo yéndose hacia la izquierda del recuadro; Macías se le queda viendo, aún en el mismo sitio, sonríe con una suerte de victoria, va por una escoba y desaparece. Uno de los especialistas de IA opinó que estaba claro que los dos tenían algo romántico, por lo menos sexual, pero a mí no me lo pareció. El último video es tan confuso que parece falso, aunque me confirmaron que todo el material es 100% legítimo, sin modificaciones. En él puede verse a Nolan esperando en el pasillo, recargado sobre la pared roja, de brazos y piernas cruzadas, pensativo; pasa diez minutos cambiando de postura, dando unos cuantos pasos sin irse a ningún otro lado. Posteriormente se ve que un empleado barbudo sale del baño de hombres, a quien identificaron como José, Nolan dice algo como “¿listo?”, Buratino le sonríe ligeramente y ambos se marchan. Sin embargo, lo intrigante sucede después de quince segundos, pues la puerta del baño de mujeres se abre lentamente para evidenciar la silueta de alguien que se asoma para verlos, la misma persona que se veía en uno de los videos anteriores quizás, con el rostro tapado y un sombrero que no permiten identificarle claramente. No podemos descartar ningún género,

además se enfila para ser el o la culpable en cuestión, es menester encontrarle.

Después de comer omelet de hongos marcianos en el Bruce Myers, volví a la comisaría a las 14 horas para verme con la señora Huen Su, esposa de Nolan. El capitán me dijo que esperara, la mujer había avisado de un contratiempo y llegaría como veinte minutos tarde. Se me hace increíble que esa cantidad de tiempo sea un retraso para alguien, con suerte la esperaba para las 15 horas por lo menos.

A las 14:24 llegó con un semblante que parecía repuesto, esforzándose por dar una buena cara. Le agradecí por venir, sobre todo porque noté que usó un dron personal, lo cual puede ser peligroso en sus circunstancias. El capitán me dio la libertad de elegir si es que necesitaba apoyo para el interrogatorio o prefería hacerlo en solitario, siempre y cuando compartiera el registro de la intervención; decidí lo segundo.

Audio propiedad de Notch Pines, Azul 20, 2222.

Notch Pines (NP): Señora Carter, agradezco mucho su colaboración. Soy Notch, Notch Pines, me encargo de la investigación del caso de su marido, colaboro con la comisaría y puedo prometerle que no he descansado desde el día en que me encomendaron dar con respuestas. Lamento mucho su situación, imagino que no es fácil ser blanco de un caso inédito como este.

Huen Su Carter (HSC): No agradezca, nada de esto debería estar pasando y no hay otra manera de hacer las cosas. No sabe cuán harta estoy de todo esto; no quiero imaginar cuando la prensa se entere.

NP: Es posible que ya lo sepan, me parece que han dado prioridad a temas más políticos. Pero eso puede ser bueno, nos da margen para actuar y no alebrestar a quienes puedan estar involucrados en este caso.

HSC: Espero no arrepentirme de brindarle mi confianza. Haga lo que sea necesario para darme paz, por favor.

NP: Hacemos lo posible, y es por ello que necesito hacerle algunas preguntas para llegar a la conclusión de todo esto. Avíseme si necesita que repita algo o es pertinente hacer alguna pausa. Siéntase con la libertad de preguntarme también si es que puedo ayudarle a aclarar algo.

HSC: De hecho, eso sería muy conveniente. Le haré saber en la marcha.

NP: ¿Cómo fue su relación con Nolan en estos últimos meses?

HSC: Lo normal, rutinaria pero repleta de amor. Todos los días tenía tiempo y espacio para mí a pesar de sus largas jornadas. Desayunábamos y cenábamos juntos, siempre platicando de nuestros planes o de alguna película nueva que le hubiera llamado la atención. Casi no hablábamos de trabajo, solo cuando pasaba algo llamativo como la llegada de un nuevo gerente o algún accidente, por ejemplo.

NP: ¿Tenían una relación abierta o alguna vez hubo algún conflicto de infidelidad?

HSC: ¡No! Jamás hubo nada parecido, siempre fuimos solo nosotros.

NP: ¿Sospechó de que su marido pudiese interesarse en alguien más?

HSC: Ni una vez.

NP: Bien. ¿Qué me dice de sus amigos? ¿Tiene muchos? ¿Alguna enemistad con alguien?

HSC: Pocos amigos, la verdad es que su mundo éramos su trabajo y yo, prácticamente sus compañeros eran lo más parecido a eso. En cuanto a enemigos, pues menos, siempre tuvo un carácter pasivo, “estoico” como se hacía llamar, prefería negociar que debatir. Aunque jamás le dieron la gerencia, él se mantenía positivo, incluso defendía a sus jefes cuando yo trataba de cuestionar las decisiones que tomaban.

NP: Le creo, y eso es lo que me hace preguntarme con tanta intriga quién pudo haber hecho esto. ¿Por qué hacerle esto a su Nolan?

HSC: Si le soy sincera, no creo que haya sido personal.

NP: ¿Diría que su esposo estaba en el lugar incorrecto en el momento inadecuado?

HSC: No, no mi Nolan. Más bien quien hizo esto. Pero sí, la idea es esa.

NP: ¿Ni siquiera sus compañeros de trabajo podrían estar involucrados?

HSC: Los conocí, de hecho. Tuvimos una comida hace semanas. No recuerdo la fecha, aunque no tiene

mucho. Muy agradables todos. Por favor, no tome mis palabras como una acusación ni mucho menos, solo que el muchachito... ¿Kendrick?

NP: Kevin.

HSC: ¡Sí! Kevin... Me pareció muy hermético, con actitudes que parecían involuntariamente groseras. Nolan y yo platicamos de eso y me aseguró que el hombre carga con mucha responsabilidad por su madre.

NP: ¿Y usted qué opina de él?

HSC: No sé. Yo también cuidé a mi madre enferma, incluso cuando mis hermanas huyeron de la situación, y aún así nunca tuve una actitud como esa. Nolan y yo nos enamoramos en esa etapa, y él se sorprendió mucho al saber que tenía una buena actitud para él teniendo la responsabilidad de cuidar a mi madre. Supongo que no es igual para todos. No me parece una mala persona, es un chico harto de la vida, de la gente a su alrededor. Diría que es eso.

NP: ¿Y Mandy?

HSC: Risueña, agradable.

NP: ¿Nada más? Ok, cambiemos de tema si le parece. ¿Por qué fue esa noche al Elixir?

HSC: Una vez al mes lo sorprendo en el trabajo, le llevo comida, algún pastel, o a veces un detallito, dependiendo de nuestra economía. Soy chef, así que adora... adoraba lo que hacía. Lo siento, no sé si hablar de él en pasado o en presente, es confuso saber que sigue aquí, pero no está. En fin, solía procurar que no cayera el mismo día para que su sorpresa fuera más genuina a pesar de que me esperaba

mes con mes. Cuando llegué nadie salió por mí, no me abrió la puerta como solía hacerlo después de mandarle una señal por redlular, así que entré por la puerta de atrás. Los demás me conocían, entonces entenderían que yo entrara de esa manera, pero no vi a nadie. No conozco muy bien el cine en su totalidad, así que empecé a abrir puerta por puerta hasta dar con él en medio de la oscuridad, y así di con... eso.

NP: La mano.

HSC: La mano. Disculpe.

NP: Descuide. Mire, me parece que es todo de momento. No quiero atiborrarla con todo esto, tiene que descansar. No sé si quiera decir algo más.

HSC: Solo una pregunta.

NP: Adelante.

HSC: ¿Cree que sea posible que el capitán me deje tener contacto con el pendrive, con Nolan? Quisiera intentar hablar con él, quizás logremos obtener información sobre lo que le sucedió. Podríamos avanzar.

NP: Vale la pena intentarlo. Venga.

Después del interrogatorio nos acercamos con Hierro para decirle que era todo, le dejé una copia del audio y procedimos a preguntarle si era posible ver a Nolan, a lo que queda de él. Creí que tendríamos que negociar, expresarle cómo podría ayudar ello con la investigación, sin embargo, sorprendentemente accedió en primera instancia. Se le hizo la mejor idea justo ahora que no hay respaldo legal para este caso.

El capitán fue por el pendrive y nos dirigió a ambos a la sala de computadoras, donde laboran los becarios, les ordenó salir y quedamos solos los tres; nos advirtió que ya se habían hecho intentos para contactarse, todos fracasaron. El jefe dispuso la memoria en uno de los puertos. Las luces se apagaron, haciendo que la pantalla brillara más. Desde el puerto se elevó un holograma que dejaba ver algo parecido a unas gafas que la señora Carter identificó como propiedad de Nolan. No pasó nada más hasta que escuchamos dentro de nuestras cabezas la señal de algo que quería comunicarse; una suerte de estática recorrió nuestros cerebros, y los tres logramos captar una sola frase escondida entre ruidos no distinguibles que la señora Huen Su identificó como la voz de su marido: “Kevin Levitt”.

Después del encuentro con la mente de Nolan fui directamente al 49 de Lt. Chik, esta vez con intenciones menos agradables. Kevin abrió, asustado tras haber escuchado los fuertes golpes que dispuse en su puerta. Las nubes ya empezaban a cubrir la luminosidad del día, señalé al muchacho, le expliqué que soy el detective a cargo del caso del Elixir, que era mejor decirme la verdad a menos que quisiera hacerlo por las malas.

“¡Está bien! ¡Yo soy!” me gritó en la cara, sorprendiéndome tanto que retrocedí. Se tomó la cara con ambas manos, cubriendo su vergüenza a la vez que evitaba así hacer más ruido, probablemente tapándolo de los oídos de su madre. No había necesidad de alterarlo más, así que bajé la voz y lo direccioné hacia la mesita del comedor, nos sentamos en las sillas amarillentas de plástico y lo convencí de contarme todo.

Casi suelto una carcajada. El enclenque confesó ser el contacto del Elixir con los híbridos reptiles, era él quien les había dado cortesías directas de su quincena para ahorrarle las molestias a Nolan. Es decir, ni gerencia ni subgerencia estaban al tanto de la extorsión, simplemente porque Kevin hacía el trabajo debajo del agua. Eso sí, el pago restante en efectivo lo tomaba de la caja de propinas, hecho por el cual tuvo discusiones fuertes con Mandy, pues le tenía que mentir al decirle que no sabía en dónde habían parado todas esas monedas y billetes que, en teoría, tendrían que haberse repartido entre los dos. Macías notaba que las propinas habían estado altas desde que comenzó su contrato, se ilusionaba cuando Flor, la encargada del bar, llegaba con su novia, porque siempre dejaban dos buenos billetes, así que era evidente cuando a fin de mes faltaban los montos esperados. Le pregunté a Levitt si sabía algo de los baños, algún intruso o problema con los accesos; respondió que el baño de mujeres se trababa constantemente y que solo Mandy Macías era capaz de abrirlo cuando eso sucedía. Antes de irme le di una última oportunidad para decirme cualquier cosa relacionada con la situación de Nolan; me juró que era todo y que estaba dispuesto a hablar en cualquier momento, siempre y cuando no fuera en casa con su madre.

Más noche pasé a la comisaría de nuevo, pregunté cómo contactar a Mandy; la oficial Juárez me dijo que el capitán estaba en Grillo atendiendo una situación urgente, pero me acercó una carpeta con contactos. Con el QR de Mandy, me conecté a su redlular y establecí contacto psíquico, le dije que llamábamos de la comisaría para agendar una cita con ella; respondió que mañana mismo, solo que no en su casa, sino en un lugar público,

pues había inconvenientes en su hogar. Le propuse el Elixir; estratégicamente podría ayudarme a ver más allá de la fachada. Ella accedió de buena gana.

Diario escrito de Notch Pines. Azul 30, 2222.

En punto de las 11 llegué al cine, aún con las bandas de “clausurado” rodeándolo por todas partes. Esperando a la muchacha di un vistazo a la construcción, que se erigía sin duda alguna como la edificación más grande de White Snow. Es un coloso en medio de un lugar discreto. Las pocas ventanas disponibles no muestran más que manchaduras lechosas de polvo lunar que los constantes viajes espaciales han dispuesto en estas calles, y los portones de enfrente lucen imperturbables. Por la entrada trasera solo existe una puerta azul metálica que da hacia los basureros de lava, también se le ve en buen estado a pesar de su aparente edad.

Es decir, el caso tiene poco o nada que ver con allanamiento, y es evidente cuando hablamos de un lugar tan concurrido como un cine; es posible que los empleados estén involucrados, incluso con lo que dijo Kevin, pero también existía la posibilidad de acceder tan fácilmente como la señora Huen Su, por lo que cualquier cliente o intruso podría haberse colado. Lo que no sigue cuadrando es el hecho de que alguien entre y nunca salga sin ser detectado, tendría que tener un escondite secreto del que ni siquiera el mejor empleado de la vida como Nolan estaba al tanto.

Noté que detrás de uno de los contenedores de basura se evidenciaba una curiosa diferenciación entre dos pinturas, cuando moví el cacharro aprecié un color beige que parecía manchado, viejo, y el otro más claro con huellas de zapato dispuestas a propósito sobre el centro de un cúmulo de concreto.

—¿Señor Pines? —escuché a mis espaldas a Mandy, quien me miraba desconcertada con sus oscuros ojos.

Le pregunté qué había detrás de esa pared antes de siquiera saludar.

—El baño de mujeres —contestó.

Me disculpé por mis modales, le comenté que la investigación seguía en proceso y que cualquier pista sería de gran ayuda. Aseguró que no había notado aquel desperfecto, parecía tan triste.

Quise investigar más a fondo, ver si era posible acceder al Elixir desde allí, pero eso supondría poner en riesgo a la muchacha, así que mejor empezamos con las preguntas.

Audio propiedad de Notch Pines, Azul 30, 2222.

Notch Pines (NP): Estoy con Mandy Macías en el pasillo lateral que colinda con la florería *Iglú de orquídeas*, la cual parece abandonada desde que comenzó el caso, y el cine Elixir, actualmente clausurado. ¿Estás cómoda con comenzar aquí?

Mandy Macías (MM): Sí, esta fue mi idea. Le dije que no es buen momento en casa, solo algunos problemas familiares de los que no quiero hacerlo parte.

NP: ¿Todo bien, Mandy?

MM: Descuide. Empecemos para que pueda llegar pronto.

NP: Dime si hay algo que pueda hacer.

Mandy, sé que has trabajado en el cine Elixir, junto a Buratino, menos tiempo que Nolan y Kevin. Aún así, ¿qué tanto dirías que conoces las instalaciones, conoces todos sus secretos?

MM: Conozco lo suficiente.

Por increíble que parezca, la entrevista fue abruptamente cortada por una explosión venidera del interior del cine; sus muros cimbraron a tal grado que la pared que daba al baño de mujeres dejó salir un cúmulo de ladrillos que concordaba con la diferenciación de pinturas. Mandy pegó un gritillo y le ordené retroceder; retiré los ladrillos, dejando observar el interior del baño que, a pesar de la hora del día, se mantenía tan oscuro como si fuesen las 18 horas por lo menos. Volteé para ver a la chica, le dije que no se fuera, pues mi intención era volver por ella; qué ingenuidad. Al tratar de pasar por la puerta para dar con el resto del Elixir, me percaté de lo complicado que era abrirla, sin embargo era posible hacerlo desde dentro por una manija larga que no se emulaba desde el otro lado. Dudé en pasar al recordar que desde fuera no era posible acceder a ese baño sin ayuda de Mandy, pero los sonidos de un par de zapatos corriendo a lo largo del pasillo me

obligaron a seguir su dirección sin importar el resto. Cuando llegué al final, por la cornisa identifiqué la gabardina de todas las grabaciones, volando a toda velocidad hacia la sala más grande, la seguí y al entrar la oscuridad pudo conmigo. Saqué mi dron personal que se postró detrás de mi nuca para usar mis ojos como linternas, instalándose en mi cráneo con las nuevas modificaciones corporales que, por supuesto, adquirí a plazos; es en momentos como este cuando agradezco mis compras compulsivas.

La desventaja es no poder volar a la vez, así que caminé fila por fila, hasta que en la penúltima en dirección a la pantalla se mostró la figura saliendo desde un asiento, me lanzó un rayo con sus dedos que casi me vuela el brazo izquierdo, aunque con su fallo logré abalanzarme hacia su cuerpo y darle un buen cabezazo que le dejó inmóvil por un momento. Tuve que romper sus dedos por el temor de ser electrocutado dolorosamente; era evidente que no solo yo había gastado en modificaciones. Cuando quebré sus huesos percibí que sentía un dolor insoportable, mas su voz se mantenía callada, como si me enfrentara a alguien sin lengua. Recipientes de vidrio humeaban del otro lado del cine, mostrando el origen de la explosión, y una USB yacía en el piso.

Era menester sacarle a la calle por si venía acompañado y verificar que Macías estuviera bien, así que lo arrastré por toda la sala y lo llevé al baño de mujeres. Si era la misma persona de los videos, forzosamente sabía cómo abrir esa puerta. No supo qué hacer, entonces golpeé la puerta con su cuerpo, cuidando su cabeza, y finalmente cedió; cuando nos dirigíamos a la salida improvisada que daba hacia el callejón, Mandy se asomó, dijo

“lo siento, debemos ir por él”, y cerró el muro desde afuera. Ni siquiera con mis ojos iluminados logré derribar esa pared, solo pude escuchar cómo partía la muchacha. Me era obvio que ella también era una Gepeto, que seguramente iría con alguien por el mono para desaparecerlo del radar.

No perdí tiempo y desenmascaré al fulano, quien evidentemente se trataba del compañero de cuarto que había dado asilo a Buratino. Lo cachetee, preguntándole cómo salir desde ahí, pero se limitaba a mirarme con los ojos perdidos. Al no hacerme caso opté por ir a la entrada principal del cine, la pateé con fuerza sin éxito alguno. Llamé a la comisaría, me sorprendió lo poco que tardaron en llegar para abrir la puerta y escoltar al sospechoso; querían preguntarme todo lo ocurrido, retenerme por horas; no obstante, no quedaba mucho tiempo y debía ir al departamento a ver a José, protegerlo y finalmente hacer pública su situación.

Mi malnacida fortuna atrajo una camioneta reconocible girando por la esquina. “Son los de la basura, díganles que está negado el paso” fue lo último que alcanzó a decir la oficial Juárez antes de recibir un disparo en la cabeza, proveniente de los culeros montados en aquel vehículo; ella revivió al instante gastando su último seguro de vida que LabLive le había vendido a los cuerpos de defensa, y me gritó que me largara de ahí. Los híbridos reptiles salieron, pasando sus largas lenguas alrededor de sus escamosos hocicos verdes, disparando contra las patrullas con armas láser. Alcancé a patear al sospechoso en la cara, dejándolo inconsciente para tomar la oportunidad de ir al departamento 202, corriendo por el lado contrario de la calle, y volando en dron hasta la ubicación en cuanto estuve a salvo.

Desde el edificio se escuchaba el tiroteo, sonidos de automóviles enredados con griteríos civiles, pero mi prioridad era salvar al testigo fundamental del caso. Con el mismo dron rompí la puerta de acceso, dejando mi propio medio de transporte inservible, corrí por las escaleras hasta el departamento y abrí el acceso con un golpe que definitivamente dejó mi hombro dislocado.

Al entrar, Buratino saltó del sillón al verme, casi cagado del susto; le pregunté dónde estaba Mandy, me dijo que no sabía de qué hablaba, que él estaba “al chingazo” y que nadie había tratado de matarlo hasta entonces para su buena suerte. Le ordené venir conmigo, era ridículo ponerlo en riesgo a esas alturas. Se subió a mi espalda, diciéndome que podríamos usar el dron de Fred, su amigo, el sospechoso que estaba tumbado en medio del tiroteo. Y así partimos con dirección a la casa de Nolan, seguramente la señora Huen Su estaría aliviada de ver a Buratino con vida y sin culpabilidad alguna. Cuando llegamos, la señora Carter apenas pudo procesar todo lo que le contamos; cuando les dije que Mandy estaba involucrada, les compartí las últimas palabras que me había dicho al encerrarme en el cine. Nos quedamos pensando en qué teníamos que hacer a continuación. “Apúrate, Notch, está claro que el mensaje que oímos con el capitán no era para culpar a Kevin Levitt, sino para que lo protegieras” esclareció la esposa de Nolan.

Diario escrito de Notch Pines. Azul 40, 2222.

Elena Miranda, periodista de *El Astronauta Digital*, sigue

intentando hacer conexión psíquica conmigo para sacarme toda la información. Mientras intento hacer memoria, la entrometida no hace más que aparecer en los recuerdos para gritarme que le abra la mente. Hace dos horas tomé una píldora de Nonspilare, medicamento que LabLive creó para cerrar los canales que usamos para ver el psicovisor o hablar por redlular, va funcionando de a poco. Una vez que contestas una llamada que no quieres recibir tienes que recurrir a métodos como este. Estoy muy cansado para chismes.

El único testimonio completo antes de la basura judicial está en este diario.

Cuando llegamos por Kevin, Buratino y yo notamos que el vidrio de la ventana principal del frente estaba destrozado, una cortina se asomaba para invitarnos a pasar. Antes de poder gritarle que se detuviera, el simio azul entró para desaparecer, regresando un par de minutos después a decirme que no veía movimiento en la sala ni en la cocina. Rodeé la casa para buscar las ventanas de los cuartos. Ahí estaba el pobre muchacho, aparentemente dormido encima del cuerpo sin vida de su madre. Cuando me disponía a romper el vidrio, el capitán Hierro me sorprendió, él cargaba el cuerpo inerte de otro chango venusiano, mismo que soltó de inmediato para echar a correr hacia la verja trasera.

Buratino apareció abalanzándose sobre el capitán y tirándolo al piso. La rendición fue instantánea. Entre lloriqueos nos advirtió que usaría ese cuerpo para depositar la mente de Kevin, pero era preciso hacerlo antes de cierto tiempo o habría un daño cerebral irreversible. Parecía desesperado por cumplir su misión, entonces le advertí que tenía poco tiempo para confesarme

todo; era la única manera de evitar que intentara algo más. Hoy me arrepiento de ejercer tal presión, aunque solo así confesó todo.

El capitán Hierro, prácticamente junto a todos los delegados de cada estado y ciudad, estaba supeditado a LabLive por el apoyo recibido hacia las fuerzas policiales, así como militares. Evidentemente, Alysha y Timón Marcone son parte del gremio político que domina a gran parte del planeta, hecho por el cual financian las investigaciones de dicha organización, proveyéndose de herramientas que les permiten dominar a placer. Se dieron cuenta de que los híbridos reptiles, esclavos creados desde cero, no daban el ancho intelectualmente hablando, por lo que idearon una alternativa que resolviera el asunto: traspasar mentes racionales y desarrolladas en animales, para que en un futuro LabLive prometiera ayudarles a solucionar sus situaciones, cuando la razón real sería manipularlos paulatinamente. Un primate era la mejor opción, pues existía una mayor relación racional con estos animales, sobre todo con los de Venus, los más inteligentes conocidos hasta ahora.

Su reciente ida a Grillo había sido, justamente, para tener una conversación presencial con Alysha, quien le reafirmó a Hierro la promesa de brindarle una jubilación clase A a cambio de ser parte del primer experimento en un pueblo tan olvidado como Jiminy, con presencia de algunos científicos implicados como los padres de Mandy y el propio Fred. Kevin y José eran candidatos aptos para ello, por lo que su relación laboral y amistosa era conveniente para atraerlos. Mandy fue todo este tiempo la sospechosa que vimos en las cámaras, quien usó el

atajo del baño para preparar el traspaso de mentes, estudiando a sus víctimas desde un inicio, uniformada como los demás Gepetos.

Hierro jugaba un doble papel en esta obra; fue el responsable de convertir a Buratino, y quiso hacerlo igualmente con Kevin, a quien confundió con Nolan, solo que no le dio tiempo de decidir, así que intentó meter su mente en un recipiente tras verter ácido instantáneo en los cuerpos de ambos; falló por una mano. Tal parece que Carter alcanzó a percatarse de que el capitán iba por el muchacho, lo que pudo constatar con el aviso que nos dio a mí y a su mujer. El capitán dejó el pendrive en la escena con la intención de que la IA de la comisaría pudiera ayudarle a manipular la mente de Nolan y así traspasarlo en otra oportunidad, aprovechando el vacío legal. Casi lo logra. En cuanto tuvimos acceso junto a la señora Carter, le entregó la USB a Fred, quien utilizó el cine clausurado como base para seguir experimentando; lo encontré justo cuando se disponía a hacer pruebas térmicas.

Antes de poder decir algo más, noté cómo a Buratino le temblaban los brazos, sin duda alguna aturdido al saber que su cuerpo había sido desintegrado. Le gritó en la cara a Hierro, evitando que siguiera contando el resto de la historia y después azotó el rostro del capitán contra el suelo hasta dejarlo sin vida, irreconocible. No quise acercarme, ni decir algo, tuve un miedo tan intenso que solo pude observar, asqueado. Cuando terminó vio sus manos que de a poco se empapaban de lágrimas para después mirarme a los ojos, estaba derrotado. Con un abrazo le hice saber que entendía por qué lo había hecho; lamentablemente para Kevin y su madre, ya era tarde cuando

entré a revisar los signos vitales de ambos. Por supuesto que me culpo de la situación; sin embargo, tampoco sabíamos cómo manejarnos ante las escasas posibilidades que se abrieron anoche.

No movimos ni una mota de polvo en la escena y entonces llamé a las autoridades. Cuando José escuchó no dudó en correr lo más lejos posible; no quise frenarlo así que eventualmente lo perdí de vista. Juárez confirmó la captura de dos reptiles, así como la ejecución de seis de ellos, dejando un aproximado de cinco escapes; Fred está detenido, lo dejaron descansar toda la noche y mañana comenzará el interrogatorio, donde yo seré clave para empatar lo último que me dijo Hierro. Pregunté por Mandy, no fue sorpresa enterarme de que sus registros estaban vacíos, no existe ninguna huella de su existencia y probablemente los únicos papeles a su nombre, claramente falsificados, estaban en el Elixir, mismos que no logramos encontrar.

Ahí es donde encajan los archivos que Buratino me concedió en cuanto se dio cuenta del Proyecto Gepeto, pues se menciona a un prototipo que había sido alimentado por, al menos, ocho años dentro de laboratorios. Tiene lenguaje técnico, encriptado, que no permite entender del todo a qué se refieren, sin embargo yo interpreto que hablan de Mandy, ella debe ser la primera humana creada desde cero, de alguna forma lograron hacer que un híbrido se viera exactamente como nosotros. La necesidad de esclavitud es lo que hace que esos oligarcas opten por formas menos ortodoxas. A decir verdad, me sorprende que la hayan asignado a una misión tan mundana, seguramente ahora goza de la vida lujosa que puede permitirse a lado de los gobernantes

de estas tierras, como una suerte de espía de los de arriba. Debíó ayudar a Hierro e inmediatamente huir con sus amos.

En otras noticias, la señora Huen Su se irá del país en una semana, antes tiene que asegurar la venta de su negocio, así como arreglar todos sus asuntos locales, supongo que un poco de papeleo. Probablemente estas últimas páginas terminen recortadas y ocultas en otro lugar por largo tiempo, y es que la señora Carter tiene posesión del pendrive, de su esposo; logré hacerme del artefacto sin hacer mención de él, ni siquiera a Juárez. No creo que puedan hacer algo por ellos, probablemente hasta podrían empeorarlo todo, así que prefiero que ella se las arregle sin intermediarios peligrosos. Ya ha pasado por mucho.

Tienen a un interino en la comisaría llevando la batuta de esos pobres infelices, aunque estoy casi seguro de que Juárez será ascendida prontamente a capitana. Si le cuento explícitamente todo lo que me dijo Hierro es posible que me apoye, lo cual nos pondría en riesgo a ambos; mi prioridad será no mencionar a los Marcone por ahora, quizás logremos, aunque sea, manchar al maldito LabLive. Sigo pensando qué decir.

De José Buratino solo puedo esperar a que la vida se ampare de él; desearía encontrarlo, darle asilo y juntar con él todas las pruebas que le permitan un poco de justicia en este embrollo. El pobre desgraciado merece un poco de paz. Por otro lado, sé que eventualmente tendremos a la comisaría en contra, pues ni ellos mismos pueden zafarse de quienes mueven los hilos, por lo que no tenemos muchas opciones. No me queda más que esperar que busque refugio en un lugar seguro donde sea libre.

Conclusión: estamos jodidos.

Las gotas de una ligera lluvia golpean justo ahora la ventana, los truenos lejanos son augurio de una prisa por escapar del aguacero que se avecina. Tendré que apurarme si quiero llegar a buen tiempo al bar de Flor. Uno nunca sabe cuándo será su último trago.

Imagino llegar, dándole la buena noticia de que sigo con vida y que probablemente las cosas cambiarán un poco por Grillo, por Jiminy, saludando a su novia mientras me presenta su tan ansiado nuevo black russian, bebiendo tres o cuatro tragos más de su cuidada coctelería. Ya me había advertido que metería botana más sólida, prácticamente comidas enteras preparadas por su compañera de vida con el fin de evitar un poco la recaída de tantos ebrios como yo. Quizás hoy me toque la primera degustación, y verdaderamente no puedo esperar para encontrarme con la experiencia.

Eso sí, estoy bastante convencido de que jamás volveré a comer otra hamburguesa de mono venusiano.

Chris Medina G. es licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, es director de Iguales Revista y escribe en sus tiempos menos libres. Ha publicado con Revista Afluente, en el Fanzine Libre Virtual del Museo Virtual de Ilustración Contemporánea de la Ciudad de México, además de haber colaborado en Revista Enchiridion de la Universidad Autónoma de Querétaro y Revista Poiética de CCH Naucalpan. Tuvo participación en el libro “40 en cuarentena” de la Universidad Autónoma de Yucatán y en “Mexafuturismo Contemporáneo” de José Luis Ramírez. Colabora constantemente con César Ojeda.

— • —

EL LUGAR MÁGICO DEL PEZ MUERTO

PABLO VALENTÍN

¿Sabías que los peces tienen la increíble capacidad de sobrevivir incluso con medio cuerpo cercenado?, dijo Samanta estudiando el pisciforme muerto que se mecía con el viento, sobre la superficie del lago.

Mira, alguien está haciendo bucitos, respondió Narciso sin prestar mucha atención a la detective de ojos verdes. La tarde se reflejaba plomiza y la amenaza de lluvia había dejado un silencio apenas interrumpido por el graznar de los patos. La detective Samanta San Juan tenía la cabeza llena de dudas después de haber exhumado el cadáver de una chica de diecinueve años, hallado en una de las fosas sépticas del bosque de Chapultepec.

¿Me estás oyendo, cabrón?, replicó Samanta.

Sí, repuso él, es sólo que desde hace tiempo percibo este olor que no sé de dónde viene.

Ella quiso decirle que tal vez era la maldad inherente de este mundo, pero de cierta manera Samanta también quería alejarse un poco del tema. La detective prefería a la gente muerta porque, en sus propias palabras, se quedaban quietas. Además, el bosque era su lugar de recreo. Siempre temió el

día en que el sargento entrara a su despacho y le dijera: ¡San Juan!, lánzate para Chapu que tienes una escuincla en estado de descomposición. A Chapultepec Samanta sólo iba para relajarse con Narciso desde antes de que éste se metiera a laborar de barrendero. Ese era su lugar de recreación. Narciso era el hermano de su ex mejor amigo, pero después de aquel divorcio filial ella se lo acreditó como propio. Quizá de encontrar a la adolescente juntos, Samanta no estaría tan harta de que la muerte se colara en cualquier rincón que para ella fuese un oasis lejos de la división de homicidios. Cuando llegó a la escena, unas noches atrás, las cintas amarillas ya se enroscaban en los árboles y barandales como culebras de colores tóxicos alertando de tomar distancia. Los flashes de los forenses y los mirones se apretujaban queriendo capturar alguna cosa digna de verse, pero ninguna de esas cámaras estuvo lista para atrapar los últimos segundos de vida de la muerta; sí, porque al cadáver ese, todavía vestida con su ropa de correr, se le ocurrió levantarse antes de que el zíper de la bolsa cerrase sobre ella una oscuridad eterna. Se levantó. Balbució. Se jaló el cabello como si le estuviera dando un ataque de nervios, y quizá hubiera vuelto a su casa caminando si un policía novato no le destrozaba el cerebro con un disparo seco.

Además de una cagada, no hubo sanción por el manejo de la escena, pues la chica llevaba rato muerta. El especialista agenció el fenómeno a la memoria muscular o algún asunto semejante. Y hasta ahí todo estaba bien. Otra anécdota para contarle a Narciso mientras trataba de convencerlo de que aceptara su dinero, que pagara su deuda y tomara el otro cuartito en su departamento, y quizá devolverle uno de los besos que Samanta imaginaba que se daban. Pero no. A la semana apareció

otro cuerpo putrefacto preguntando la hora como idiota a los paseantes, quienes primeramente pensaron que se trataba de algún *trending* de *TikTok*, hasta que vieron cómo las tripas se le salían en medio de los gases fétidos e índigos que supuraban los hongos adheridos a su piel. Si bien aquello no se trataba de su especialidad, el sargento le dijo que si el forense decía que habían sido asesinados, era su deber dar con quien se los cargó.

Los bucitos provenían de un grupo de pececillos que buscaban migajas de pan en la orilla del lago artificial, mientras, al lado de ellos, un pez flotaba en medio de las hojas que lo cortejaban hacia algún Valhalla imaginario. Porque, en la naturaleza, la muerte sucede sin ceremonias, investigaciones ni muertos que vuelven a la vida. Un segundo de magia en medio de la cotidianidad viva y mordaz del día a día. Samanta San Juan trataba de hallar un poco de coherencia en su memoria. Tampoco iban a drenar todo el lago de Chapultepec por una corredora adolescente y un godínez. Básicamente, el sargento le dio una semana para cerrar el caso que, en lo profesional, no significaba resolverlo sino hacerse pendeja preguntando por aquí y por allá, hasta que el propio fluir entrópico trajera algo más extraño o peligroso, como el peligro que corría Narciso de caer en depresión; pues como bien se lo dijo una colega a Samanta, él no iba a ir a la cárcel por una deuda tan pequeña, solamente que los del banco no dejarían de llamar hasta que a él dejara de importarle, cambiara de número, o simplemente dejase de darle vueltas en su cabeza a los cómo y porqués se había quedado sin dinero.

Pero, ¿te refieres a sobrevivir-sobrevivir o sólo resisten el dolor?, preguntó Narciso ayudándola a levantarse y retomando el asunto de los peces partidos a la mitad.

Eso sí no lo sé. Supongo que aguantar el dolor es de cierta forma estar vivo.

Claro. Pero me viene la duda de si el pescado está consciente de que le falta un pedazo de sí mismo o si la vida que se le fue iba justo en ese trozo de él que ya no está.

Eso es demasiado complejo, se dijo en silencio Samanta, mientras caminaban empujando la base de los tambos de basura. A esa hora, el bosque se teñía de una luz cobriza que era como un espacio neutro entre el color ámbar del ocaso y la luz de los faroles. La gente comenzaba a salir del bosque, los tenderos levantaban sus puestos, en tanto ellos caminaban como una patética postal. Samanta era una guapa policia de mediana edad que adoraba llevar su placa en la solapa, toda ella metida en esa ropa formal pero no tan sobria para pasar como una oficinista, sino más bien parecía una bibliotecaria enamorada del tipo con un empleo por debajo del promedio que era Narciso. A aquél lo renunciaron de su trabajo como periodista, luego de que su jefe lo pusiera de aval de unas computadoras que compraron a crédito, mismas que la tienda le exigía liquidar cada cinco minutos llamando desde números distintos. Al lado de tan engorrosa situación, los demás periódicos independientes le creyeron más a su defraudador, lo que condujo al treintañero a aceptar aquel empleo para el que no necesitaba su cédula profesional y que advirtieron en un poste una tarde que Samanta y él atisbaron un tlcuache cerca de donde dejaban sus enseres de trabajo los empleados del parque nacional. Gran

parte de su ritual de sanación consistía en caminar por aquella pequeña ciudad de lama y hojarascas buscando a aquel peludo arrendatario tan esquivo.

¿A dónde vas?, inquirió Samanta mirando como Narciso seguía empujando el carrito.

El olor, atendió él.

Ella no identificaba más aroma que el hedor atorado en las ramas de la escoba, pero él siempre tuvo muy desarrollado el sentido del olfato. De hecho, alguna vez le presentó unas hamburguesas muy buenas por la avenida Álvaro Obregón, aunque le dijo que ya no estaban operando porque el nuevo parrillero ya no las hacía igual. De regreso a lo importante, él relacionaba el olor con el tlacuache. No es que nunca hubiera olido uno, pero ese era un hedor particular. Habrían seguido así durante horas, mas la pequeña llanta casi los hizo caer al atorarse.

Vale madre, mentó él, desatascando la circunferencia de goma de un adoquín que estaba suelto.

Espera, dijo Samanta revisando aquella pieza de cantera raspada no sólo por el tránsito sino marcada con unos símbolos ajenos.

Déjame ver. Los tallones no tenían sentido. Narciso se llevó el ladrillo a la nariz. Un desagrado total le inundó las fosas. Le dolió la cabeza y lo aventó. No mames, apesta.

¿De qué hablas? Yo no huelo nada.

Narciso resopló. Se rascó el puente y le pidió a Samanta un poco de agua.

Ella sacó de su mochila un cilindro, pero lo que traía no le alcanzó más que para un trago. A él se le puso la cara amarilla

cara. Samanta, preocupada, le sugirió que fueran a ver si alguno de los tenderos aún no recogía, pero éste respondió que prefería esperarla.

La detective corrió maldiciendo un poco sus botines de tacón bajito que se atoraban en el camino fragmentado. Todos los puestos ya tenían la lona abajo. ¡Me lleva!, maldijo cuando oyó unas ruedas dirigiéndose hacia ella. Volteó esperando que Narciso ya se encontrara bien, pero era sólo el señor de los helados, quien pasó de largo con la mirada clavada en el piso, torcido, cansado y con la fuerza apenas para detener la inercia de su partida cuando ella le dijo: ¡Oiga!

¿Qué si de causalidad tendrá una botella de agua que me venda?, repitió Samanta cayendo en cuenta que el hombre, que era muy pequeño, ni siquiera la había escuchado.

Sí, dijo él, abriendo la nevera móvil y extendiéndole una botella de plástico cerrada.

Antes de recibir el pago, el viejo dudó y le pidió de regreso la botella. Es que esa es mía, dijo y sacó otra del carrito.

Samantha no respingó, se dio la media vuelta, oyendo el tintineo de la campana del carrito.

De regreso, Narciso ya había orillado el coche de basura y estaba sentado en la banqueta, tan callado como siempre. Seguramente pensaba en eso que, desde el despido, no abandonaba su cabeza, esa sensación de sentirse indigno a causa de una deuda. Cuando salían a comer pedía lo más barato aunque no pagara él. Era como si las llamadas de lo centros de cobranza realmente hicieran mella en su semblante, y eso a Samanta la irritaba. Le daban ganas de decirle: ya cabrón, hay gente con problemas más oscuros que deber dinero, en

especial si tú no te lo gastaste, no mames. Por ejemplo, qué tal si pensaba en la familia de la corredora zombi o el godínez; pero la diferencia era que ellos estaban muertos y Narciso no, se levantaba cada mañana analizando cuánto habrían subido los intereses mientras el insomnio se lo comía de a poco. Por eso se suicida la gente, le dijo a ella alguna vez, no es la cantidad, ni el sentimiento, es lo que la gente dice sobre ti, lo que deber dinero dice sobre ti. O sea, si matas a alguien no hay una empresa que contrate a un montón de acosadores llamándote cada cinco minutos recordándote que mataste a alguien. Imagínate lo fácil que sería tu trabajo, Samanta, si tuvieras a un montón de godínez presionando a los asesinos para que confiesen, pensaba él.

¿Ya estás mejor?

Narciso asintió. Le aceptó la botella de agua y, antes de beberla, le dijo ¿de verdad no hueles nada?

No, atendió la detective.

Seguidamente, él quiso saber en dónde había comprado la botella. Ella le dijo que al señor de los helados y, por mero instinto, Narciso se levantó y le pidió que fueran a buscarlo.

Él aseguraba que el agua de la botella tenía el mismo hedor que el adoquín.

Ella se dejó guiar, ahora consciente de que quizás aquellas caminatas evitarían que éste acabara siendo uno de esos casos desechados como homicidio, catalogado como autolesión y listo, la ciudad tan viva como siempre. Pero, ¿no era el acto de inmolarse un crimen de lesa humanidad también? ¿Acaso no era igual de terrible que alguien deseara acabar con uno mismo?

¡San Juan! Regresa, dijo Narciso.

Al unísono le llegó el títitar de la campana y, ya más a oscuras, advirtió cómo el señor de los helados empujaba su nevera al interior del Audiorama.

Guarecidos por la noche, se fueron acercando poco a poco. Ella arrastraba sus pasos para que sus tacones no la delataran, aunque en realidad el ruido de los grillos camuflaba la persecución entre susurros. Al llegar al umbral, notaron el candado abierto mas no forzado. El Audiorama tenía suelo de arena, dos o tres bancas donde la gente se sentaba a leer de día, todo bajo la custodia de una cueva bloqueada a la que le decían *la entrada al inframundo*. Aparcada por ahí estaba la nevera del señor.

Sus huellas se detenían ante la piedra rugosa y negra. A simple vista no era fácil percibirla, pero Samanta y Narciso habían desarrollado la habilidad de hallar madrigueras durante sus caminatas en busca del tlacuache, por lo que, con un poco de ayuda del celular, descubrieron una oquedad por la que bien cabría un humano pequeño.

Yo no lo sé, pero tú sí cabes por ahí, dijo él apuntando que Samanta no pasaba del metro con sesenta.

Y tú estás en los huesos, replicó ella, con miedo a que su colega se sintiera ofendido, pero Narciso rio.

Supongo que todo pasa por algo, dijo, y ambos se arrastraron en silencio.

A él todavía le molestaba aquel tufo en la nariz; el aroma se intensificó a medida que avanzaban, mas su cerebro ya lo estaba asimilando. Para él era un lujo que Samanta no lo oliera, pero desde su muy egoísta percepción también era un lujo que ella no se sintiera como él. Esto devenía de la ocasión cuando

confesó que ya le cagaba el periodismo, que de alguna forma su despido había sido la puerta para que se decidiera a buscar su propio oficio. Él amaba cocinar, la parrilla, para ser precisos. Cuando se lo dijo Samanta trató de convencerlo de que no era para tanto, que en esta ciudad todos olvidan, incluso los bancos, sin comprender que su deseo de poner un puesto de hamburguesas era más que genuino, sólo que a esa decisión le estorbaba el orgullo de no aceptar la ayuda de Samanta, porque en su muy severo juicio, él se merecía lo que estaba padeciendo por pendejo.

La mayoría de las víctimas de un crimen piensan eso porque en el fondo todos queremos ser el centro de atención, le decía Samanta cuando la plática se ponía de sobra fatalista, pero la vida misma tiene otras caricias, otras formas de hacernos ver lo indispensables que somos para el ecosistema, ya que hubo un tiempo en que los muertos servían como abono. Claro, el pedo es que siempre queremos traerlos de regreso, replicaba aquél. Esas pláticas muchas veces sucedían en silencio. Narciso y Samanta en realidad hablaban poco pero se entendían mucho. Cuando le asignaron el caso a ella, temió que los periódicos fueran un estorbo, que la morbosidad del asunto no la dejara hacer su trabajo; sin embargo, en realidad a nadie le interesaba el asunto ese de los muertos vivos por mucho que les llamaran zombis en los titulares. Para la gente, la ficción se queda en la ficción cada mañana que se atrasa el despertador y corre peligro el bono de puntualidad. Además, la Ciudad de México tenía tantos desaparecidos como peatones y a ninguno le interesaría ver esos símbolos tallados con las uñas a través de un túnel

maloliente, húmedo, que al final terminó bajo una bóveda construida por el Hombre.

No mames, sí huele bien culero, dijo la detective tapándose la boca y la nariz.

Muy bajito, Narciso le insinuó que era sólo humedad. El otro olor se camuflaba con eso y de verdad le intrigaba que ella no lo percibiera.

Se encontraban en una oquedad acaso construida para el sistema de bombeo del lago artificial, cuyos túneles se extendían debajo del parque nacional como otro Chapultepec construido para los fantasmas. Estaba más que oscuro por lo que Narciso tanteó las paredes mohosas en busca de una senda. Casi tropezándose la halló. Samanta se echó mano a la cintura y sacó su arma de servicio. No obstante, antes de seguir, el eco les trajo el tintineo de una campana.

Regularon.

Vamos, dijo Samanta, consciente de que tal vez no debían estar ahí, pero desde que siguieron al señor de los helados, el semblante de Narciso era otro, incluso lo veía feliz.

Hace una semana, ella le había recomendado instalar una aplicación para enmudecer las llamadas de los bancos o cualquier número que no tuviera registrado, y ese silencio les devolvió algo de paz, aunque el espectro del oprobio aún no se dejaba ir. A Narciso le costaba demasiado soltar, su lógica era tratar de volverse invisible siendo uno más, teniendo un empleo donde le pagaran en efectivo como se paga todo lo que es desechable en este mundo, donde la huella digital es lo único que importa. Alguna vez Samanta le contó que las ciencias

dactilares se inventaron para eso, para que nadie fuera “nadie”, pero como todo al final se corrompió.

Detente, dijo ella con un ademán.

A diestra y siniestra, el túnel se ensanchaba en una puerta que mostraba una bóveda iluminada por el halo de la urbe. Parecía una guarida vagabunda, decorada con inciensos, ramas y figuras de cartón. Narciso percibió con claridad el olor de las baldosas y el agua, al instante que sus ojos apuntaron hacia una figura histérica y encorvada que agitaba un ramo de ruda encima de un cuerpo postrado en una improvisada cama de tarimas.

Samanta reconoció al heladero, quien no reparó en los intrusos hasta que la detective le gritó que se alejara del cuerpo apuntándole con su arma. El hombre no reaccionó inmediatamente, lucía en un estado de trance profundo, con los ojos completamente dilatados, las manos le temblaban, negras como por ceniza o algún tipo de moho color índigo. Ido o estúpido, ignoró a Samanta, quien tiró para delante, sin advertir que una vez la tuvo a su alcance éste le escupió un líquido etílico que traía en el hocico. La detective trastabilló. Más por instinto que por intención, Narciso corrió para sostenerla, pero el lugar era demasiado reducido y resbaloso por lo que, en su maniobra, terminó por hacer caer el cuerpo que había en la plancha. Este azotó como un pescado y, de inmediato, unos líquidos alquitranados le escurrieron de los ojos, la nariz, el ombligo y cualquier orificio natural. Todavía pasándose la manga del saco por la cara, la detective San Juan miró al muerto dar unos espasmos antes de levantarse súbita y aterradoramente en medio de gritos de dolor, inteligibles dado que el señor de los helados

le había cortado la lengua, quizás para evitar que anduviera preguntado la hora como el muerto anterior.

Saliendo de su trance, el señor de los helados miró cómo el cadáver regaba por la losa húmeda y verde los santos de cartón, los hatillos de ramas y vudús que otrora utilizara en éste como si fuera un muñeco de vodevil, un pedazo de experimento en donde su magia o depravación fluía bajo su mando. Ahora todo era caos. Recomponiéndose, Samanta le apuntó a la cabeza al reanimado y luego de tres intentos le voló los sesos.

El cuerpo cayó sobre una congeladora muy antigua que anunciaba en letras rojas “Helados el Veracruzano”, junto al dibujo de un negro con sombrero de copa. El impacto tiró la tapa, revelando los despojos de una niña de piel morena con coletas.

Samanta San Juan maldijo su trabajo.

Narciso se tapó la nariz reconociendo ahora los símbolos tallados por todos lados, pero principalmente en los pedazos de los ídolos de cartón.

El señor de los helados se echó a llorar sobre el cuerpo de la niña, suplicando que no lo alejaran de su nietecita.

En ese momento oyeron otra campana titilando. Narciso se rascó la nariz identificando el olor, que no provenía de la magia del anciano, sino del tlacuache que había hallado en esa guarida la mejor manera de camuflarse entre los muertos, pero al saberse descubierto, emprendió la fuga hacia afuera.

Samanta le pidió a su compañero que amarrara las manos del señor de los helados, mientras revisaba si tenía señal en su celular.

Narciso agarró un pedazo de rafia, seguramente usado para hatillos de santería, y se sentó en el piso junto al hombre, quien no dejaba de ver los restos de la niña mientras rezaba en alguna lengua costera.

Aquel sujeto pequeño, inofensivo en apariencia, le causaba demasiada compasión, al grado de incluso disculpar lo obvio; el tipo era capaz de lo que fuera en nombre de lo que más amaba: drogar a los paseantes sin seleccionarlos específicamente hasta que alguno se quedara desmayado para poder llevarlo a su guarida y tratar de resucitarlo, perfeccionando así su fórmula antes de aplicarla en el ya hinchado cadáver de su nietecita. Así de grande era el dolor de su esperanza, no más que el intento de un recuerdo aun cuando eso no era más que un eco. Para él, la vida de su nieta valía más que otras vidas. No se trataba de pedir prestado sino de tomar lo que deseaba por asalto. Narciso se sintió aún más desgraciado, porque antes de que Samanta y él lo detuvieran, el pobre viejo lo tenía todo, aunque ese todo fuera una esperanza, la otra mitad de su cuerpo ignorando que ya estaba muerto, quizás sólo nadando hacia un mejor lugar.

Lo siento, dijo.

¿Qué? Repuso el señor de los helados.

Narciso sólo lo abrazó.

Sin decir nada, Samanta lo entendió. Pasarían algunas horas antes que un equipo de rescate los sacara utilizando la ubicación de su teléfono; resultó que la guarida del resucitador se encontraba a escasos metros del lugar mágico donde aquella misma tarde miraron al pez muerto. Como siempre, la solución está pegada al problema, pensó la detective antes que Narciso

le preguntara si recordaba ese dinero que le había ofrecido para saldar su deuda.

Sí, ¿por?

Es que he decidido poner mi propio puesto de hamburguesas.

Pablo Valentín (Ciudad de México, 1987). Escritor, traductor y guionista. Su literatura se enmarca en la corriente del Urbanismo fantástico, donde ha publicado las novelas “Algol” (Colecciones lado b, 2018), “Palmas de arena” (obra de autor, 2022), “Nubes con forma de dragón” (Vitralli Ediciones, 2022), “Los ciudadanos, una telenovela turca con robots” (El gato tuerto ediciones, 2023), el relato “La ballena negra” (Vitralli Ediciones, 2023) o la novela de realismo sucio “Focos amarillos” (Vitralli Ediciones 2024). Así mismo su obra se ha publicado en diversas antologías y revistas como Lenguaraz, Cuentística, entre otras.

— • —

LA APUESTA SIN VENCIMIENTO

ABRAHAM CAMPOS

Porque en el polvo levantado al tambor de los rayos de sol, las decisiones de la vida se convierten en un volado entre caballeros. El aire apenas empuja una espesa nube corpuscular de tierra entre cactus gigantes; el camino, teñido de ocre, con piedras que abrazan las vías del ferrocarril y aquellas líneas paralelas que entretejen destinos hacia rutas sin nombre, señala al fondo un pueblo de engranajes y vapor, acunado por cerros. Entre el metal y su ensamblaje, una puerta sostiene un letrero: La Caldera Roja. En sus entrañas, paredes metálicas y cilindros de presión se conjugan con los comensales y los catadores de bebidas.

El ventilador gira lentamente en el techo; el olor a sudor y pólvora se desliza, elegante, entre bigotes y sombreros de hombres que han visto demasiados amaneceres teñidos de sangre. Murmullos y risas llenan una mesa al fondo, donde por las rendijas de la ventana se escapa el humo que danza; entre él, resalta la figura de un hombre.

Gaspar Villaseñor estaba sentado con la espalda apoyada en la pared. Sus botas, zurcidas en piel de armadillo y rematadas con estoperoles en forma de cráneo cromado rojizo, reposaban sobre la mesa; en las puntas, un acero estampado con el sigilo

de alacranes brillaba. El sombrero ladeado ocultaba parte de su rostro en las penumbras de la lámpara de carburo. A un lado de su mano estaba su revólver Colt M1873, con líneas doradas en el cañón y cacha oscura mate, modificado con un cilindro de vapor que, al calentarse, aumenta la velocidad de las municiones perforantes; descansaba como una bestia apaciguada. La filigrana del arma capturaba la luz y la envolvía en destellos rojos. No solo rasgaba la carne: también perforaba blindajes ligeros como si fueran papel.

Frente a él, Ramiro Ledezma bebía mezcal a sorbos pausados en un vaso de bronce; su mirada, fría y negra, recorría los sillones oxidados donde una pareja degustaba el sabor de los labios. Inclino la vista hacia su trago, suspiró y acarició la escopeta de doble cañón apoyada en la pata de la mesa; la conoce tan bien como las pulsaciones de su propio corazón. La escopeta tenía gatillos de bronce, culata con un reloj de arena incrustado, un cargador de engranajes que hacen girar postas de mercurio en la recámara, mira telescópica y un depósito de vapor para municiones incendiarias.

Gaspar envolvió el cannabis en su papel arroz y lo lengüeteó como quien roza unos labios ocultos bajo el monte; sus bigotes resplandecieron con el fósforo encendido, y su boca agrietada dio caladas al cigarrillo.

—Ya dije: no se trata de matarla —dijo Gaspar con voz seca, exhalando humo por la comisura de los labios—; se trata de decidir si puedo.

Ramiro dio un sorbo, golpeó el vaso contra la mesa y, con una mueca muerta que volvía sonrisa traicionera, respondió: —Lo

mismo digo; aunque la cuestión no es si puedes, sino si quieres, compa.

Las mesas alrededor se fueron llenando de pistoleros, algunos con prótesis de acero en los dedos o piernas metálicas con embragues que emitían silbidos; jugadores de cartas —la mayoría con dedos de latón— se desbarataban en la bohemia junto a mujeres con corsés reforzados con remaches de bronce. El barullo constante y el pulque elevado en brindis se unieron a la balada de las válvulas que mantenían controlado el clima; todos esos sonidos rítmicos acentuaron la indiferencia del ambiente, o quizá las palabras entonadas por los caballeros solo se movían como ecos sordos.

Gaspar dio un gran trago, con furia latente, al mezcal. El líquido se deslizó quemando su garganta, pero no tanto como las palabras que arrojó. —Me robaste a Camila.

Ramiro escupió al suelo y carraspeó la garganta; levantó su sombrero negro, atornillado con placas de metal en el ribete y una toquilla de rosas rojas laminadas sujetando la copa, y alzó una ceja. —Epa, yo no robo. Ella solita se fue.

—No digas mamadas, se largó contigo.

—Tsss... espera... se fue de ti.

Un silencio mortuorio alrededor de los dos se quebró con el siseo del vapor que escapaba de un samovar de hierro. Gaspar sujetó el vaso metálico con ambas manos y lo depositó con ternura, como si acariciara una mula.

—No estoy para discusiones; eso es el ayer. Estoy aquí para proponerte un trato. Una apuesta.

Ramiro se reclinó en su respaldo; el cuero de su chaqueta negra emitió un crujido, como si fueran cacahuates pulverizados por los dientes. —Escupe tu propuesta.

—¿Qué te parece si la buscamos? Si la mato, la amistad termina aquí. Si la perdono, me debes tu vida.

Ramiro entrecerró los ojos y se cruzó de brazos. —¿Y si yo me adelanto y la dejo dormir entre los gusanos mientras se pudre en una milpa? —propuso.

—Bueno... en ese caso... compa, ahí los dos nos morimos —respondió Gaspar.

Ramiro, con ojos ígneos que podrían quemar al mismo diablo y el bigote encerado, lanzó una carcajada vehemente que salpicó saliva sobre la chaqueta de Gaspar; dio una palmada en la mesa y, con voz seca y sin eco, dijo: —Siempre pinche quisquilloso; ahora hasta saliste filosófico, Villaseñor. El perdón es solo otra forma de posponer la venganza.

—Te equivocas, compa. El perdón es lo único que puede matarte sin tocarte.

De pronto pasó junto a la mesa un hombre cojo envuelto en un zarape bordado con hilos metálicos de cobre y bronce; se apoyó en un bastón rematado por un pomo con un reloj de bolsillo incrustado. Les lanzó una mirada rápida, como si en sus rostros reconociera el tipo de decisión que arrastra cadáveres.

Ramiro miró el vaso; el fondo rojizo-anaranjado le indicó que el mezcal se había terminado. Lo dejó caer al suelo y dijo: —De acuerdo. ¿Qué más da? Hay que buscarla.

Gaspar asintió una vez: —Mañana, al amanecer.

Ramiro sacó un cigarrillo de la bolsa y lo encendió con un mechero de gas azul. —Epa: la hierba está fuerte —dijo—.

¿Alguna vez pensaste que tal vez ella quería esto? ¿Que buscaba ver hasta dónde nos destruiríamos?

—No me interesa la mierda que quiera. Pienso en lo que va a quedar después.

Gaspar dio un salto para levantarse; sujetó el cinturón donde llevaba el revólver. Ramiro lo imitó sin titubear. El aire entre ambos era como un motor detenido a punto de arrancar.

Antes de salir, Gaspar giró el cuello hacia atrás y observó al cantinero, que limpiaba con cautela un vaso con un trapo grasiento; su brazo mecánico de cobre y cristal brillaba a la luz. Sintió la pesadez en sus ojos y le devolvió una mirada sin expresión.

En la puerta, Ramiro le dijo: —Si mañana la matas, sabré que los dos estaremos muertos desde antes.

Gaspar se tragó la respuesta; solo el intercambio de miradas habló en esa conversación secreta. Afuera, el sonido de la locomotora avivó el ánimo; el sol se volcaría tras las montañas y solo una pequeña fumarola se despidió con el pacto de la apuesta hecha.

El sol trepó por la ladera del Distrito de Hierro, avanzando lentamente y dibujando nubes arreboladas. Más allá, en el horizonte, algo irradiaba un resplandor amarillo filtrado por el humo del carbón que salía de las fábricas.

Los caballos mecánicos de Gaspar y Ramiro aguardaban junto a la puerta de La Caldera Roja, inmóviles como epitafios de mármol; sus pezuñas golpeaban la tierra.

Bestias híbridas: cuerpos de acero bruñido que robaban el brío del sol con placas de cuero curtido; ojos de cristal ágata que giraban contra el tiempo, crines tejidas con alambres trenzados. De sus flancos surgían bielas y cigüeñales cromados que funcionaban en armonía con los generadores de vapor, los cuales dejaban escapar humo como si respiraran.

Gaspar se acercó a su montura y se encaramó en su lomo: un corcel negro mate con motor de doble pistón y depósito de carbón integrado. Su montura, Centella, dejó escapar un rechinado al unísono con el vapor de sus fosas nasales, mientras él sujetaba las riendas de cobre con fuerza.

Ramiro se trepó a Huracán, su corcel de latón dorado, adornado con remaches plateados y un sistema hidráulico implantado en sus patas que le permitía saltar más alto que las bestias de carne que deambulaban por las tierras secas.

—Compa, ahí, siguiendo las vías, verás que la topamos antes del amanecer —dijo Gaspar, señalando el horizonte. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y, con sutileza, sacó un cigarrillo; lo encendió; tras dos caladas profundas, apretó la quijada, y arrojó la colilla a la caldera de su caballo.

—Y si no, nos dejaremos caer de espaldas en la tierra, bajo el mismo cielo que ella —respondió Ramiro, encendiendo la caldera.

El traqueteo metálico arremetió contra la tierra, haciéndola rebotar por los aires con la fuerza de los cascos de sus corceles. Los animales avanzaron con un coqueteo silencioso

y el ligero sonido del vapor emergente. El paisaje bajo el sol hiriente se extendía, cuyos brazos ardientes atravesaban aquel desierto de chatarra: esqueletos de locomotoras semienterradas, cráneos de coyotes que se asoleaban junto a nopales resecos de tunas picoteadas, recorridas por alacranes y serpientes que daban la bienvenida. Una ligera capa de humo quedaba atrás como cortina, queriendo borrar memorias y ofensas. Torres de telégrafos oxidadas, gigantes heridas, los despedían, y casas de adobe abandonadas les recordaban que en estas tierras solo los valientes podían pasearse.

Durante un rato, el mutismo entre ambos se ensanchó como un barranco; sus miradas permanecían fijas en el camino y las cabezas, cubiertas por los sombreros, parecían proteger secretos. El viento arrastró hacia sus narices un olor a hierro caliente y azufre.

—¿Te acuerdas de la guerra en las Salinas de Óxido?
—preguntó Gaspar de improviso.

—Tú la recuerdas, porque nunca se te va a olvidar que me salvaste la vida.

Gaspar esbozó una sonrisa sin alegría. —Y ahora, compa... ¿podrías devolvérmela matándome?

—Epa... o perdonarte —respondió Ramiro sin mirarlo.

Gaspar acarició el revólver dentro de su cinto, y Ramiro repasó mentalmente la figura de su escopeta; el silencio afloró nuevamente.

—No creo en esas cosas de redimirse; lo hecho ya está, no hay vuelta de tuerca —dijo Gaspar, mirando al horizonte.

—A mí tampoco me queda —admitió Ramiro—. Pero sí creo en las apuestas.

El sol apenas se sostenía en el cielo rojizo, ocultándose en la línea del horizonte bajo la neblina del humo industrial cuando pasaron el último asentamiento. El desierto se abrió libremente; los cactus metálicos centelleaban con una flama azulada y las luces del páramo guiaban su travesía. Gaspar y Ramiro siguieron la vía del tren con una devoción religiosa, esa tripa metálica que vibraba bajo sus caballos como si un monstruo dormitara bajo sus pies.

Nadie dijo una palabra, pero sus pensamientos parecían estar sincronizados por la camaradería, la pólvora y la sangre.

Llegaron a un pueblo cuando el sol se ocultaba tras una columna de humo con olor a cobre quemado. Las torres de la iglesia, desnudas, se erguían altas sin la contemplación de sus feligreses: habían fundido las campanas para convertirlas en engranajes, y las exhibían en vitrinas o en talleres como trofeos de la guerra contra el tiempo; algunas se habían incorporado a los motores de carretas autómatas, llenas de embragues, diales, tubos y manivelas, con una apariencia compleja que, sin embargo, se sentía orgánica.

Las calles eran estrechas y estaban cubiertas por un polvo fino y negro que oscurecía los empedrados. Gaspar y Ramiro desmontaron con soltura en el centro de la plaza mientras sus bestias expulsaban vapor y se inclinaban para dejar que la grasa de sus articulaciones se enfriara. Dieron unas vueltas junto a la fuente, miraron a su alrededor y notaron cómo los vecinos

—algunos con prótesis, otros con relojes incrustados en la piel y soldaduras que relucían al sol— los contemplaban entre murmullos e inquisitivas miradas. Un niño con una máscara de piel que le cubría parcialmente el rostro se acercó medrosamente y les mostró un medallón oxidado que ellos reconocieron de inmediato.

El silencio del pueblo era uno lleno de memorias. En la herrería, un anciano golpeaba el yunque con el martillo y las chispas volaban como luciérnagas al precipicio; aquel sonido repetitivo, como el latido de un corazón, se proyectaba entre muros y calles y hacía que los recuerdos de la guerra se tornaran opacos e indiferentes. En una casa, una mujer asomaba la cabeza desde lo alto, remendando mecanismos diminutos en un vestido; pero, pese a la indiferencia en las tareas cotidianas, las cicatrices del pueblo no podían extinguir lo que la guerra había hecho en años.

Se acercaron a la tienda del relojero. Se miraron en un gesto de complicidad; sus botas sonaron con paso vigoroso y se detuvieron para alzar la vista hacia el letrero compuesto por relojes y ensamblajes octogonales que giraban abrazados, iluminando tubos de cristal que formaban la palabra: Relojería y reparaciones. Ya en la entrada, esperaron confirmar lo que alguien había gritado: que aquel hombre de mirada de cristal tenía el don de leer el tiempo restante de los hombres como si fueran relojes. Al ingresar, del interior emanó un aroma a latón y pegamento; filas de relojes colgaban de la pared, cada uno con un tiempo distinto como presagios, y en conjunto prorrumpieron en una sinfonía, una cacofonía suave de máquinas dormidas.

El rechinido de la puerta captó su atención en esa dirección. El relojero salió por una puerta con unas cajas sobre los brazos; su complexión delgada parecía asimilar el sufrimiento, y sus manos, con dedos largos, estaban cubiertas de aceite hasta el codo. El ojo izquierdo lo había sustituido por una lente de vidrio turquesa que transparentaba la maquinaria en su interior; un tic-tac se producía cuando ponía el ojo encima. Al verlos, no se sobresaltó; en cambio, esbozó su sonrisa más afable.

—¿Buscan a Camila, no es así? —dijo sin preámbulo—. La vi hace tres días. Subió a un dirigible con rumbo al sur. Iba con una falda que brillaba con pequeños discos de cobre.

Ramiro se acercó al mostrador con gallardía, apoyó el codo en la madera; su mirada era fuego, clavada en el relojero en busca de arrancar respuestas.

—Epa... ¿debes saber por qué se largó? —preguntó, aunque en el fondo sabía que la respuesta no cambiaba nada.

El viejo apoyó la mano en un péndulo y lo puso en marcha. —Nunca sabes por qué se mueven las personas —dijo—. A veces lanzan un péndulo solo para escuchar el silencio. Perdonar es dar cuerda a un reloj roto: lo haces porque temes el vacío, no porque creas en el tic-tac.

—Dime, viejo: ¿acaso la viste entrar en esa bolsa de aire que se eleva? —preguntó Gaspar.

—Sí. Iba hacia el Puerto de Humo. Allí los dirigibles atracan como aves mecánicas. Si quieres encontrarla, búscala allí. Pero ten cuidado: los puertos son lugares donde se venden corazones prestados y el precio del perdón es caro.

Ramiro apoyó las manos en la mesa, la cabeza inclinada; la luz artificial que recorría el metal de la copa de su sombrero parpadeó. —¿Crees que él la perdone? —preguntó.

El relojero esbozó una sonrisa como si apuntara con un arma. —El perdón no es una moneda que puedas pagar en la feria. Es una herramienta que o se usa para reconstruir o se guarda para matar. Quien perdona a menudo carga la culpa como una polea que no afloja.

Mientras hablaban, una mujer pasó por la puerta con un niño atado a la espalda con un rebozo; llevaba un corsé de latón bajo la ropa, apenas perceptible. Su rostro era apacible, de esos que la vida ha endurecido. Solo miró un instante a los pistoleros; nadie en el pueblo se atrevía a mirarlos mucho tiempo: conocían viejas historias sobre ellos y los cadáveres que llevaban a cuestas.

Antes de marcharse, el relojero les entregó un mapa dibujado a mano con las rutas de vientos más favorables y los puntos de los astilleros. —Allí —dijo—. El Puerto de Humo no es amable con los recuerdos. No esperen que les devuelva nada intacto.

Salieron del taller con el mapa arrebujado, acompañados por un silencio mortuorio. Se dirigieron a la plaza; los caballos los aguardaban. Ramiro miró hacia el campanario de la iglesia en busca de alguna plegaria que adivinara el futuro. Gaspar sacó un cigarrillo, lo colocó sobre los labios para saborear el tabaco sin encenderlo y observó el pueblo buscando algo que justificara lo que ambos estaban a punto de hacer. Solo encontró un reloj parado en la plaza, su aguja detenida apuntando al cielo, hacia donde todos buscan respuestas o venganzas. Un ave revoloteó y cayó muerta a sus pies. Gaspar y Ramiro la observaron retorcerse; era una escena a la que sus ojos estaban

acostumbrados. Ramiro carraspeó y escupió al piso, montó a Huracán y jaloneó las riendas. Gaspar tomó el ave entre sus manos, la colocó sobre la fuente sin agua: ambas cosas muertas, pensó, ambas acompañándose hacia los barrancos del silencio y la oscuridad. Montó a Centella, miró una vez más el pueblo y se lanzó tras Ramiro, hacia la apuesta que aún los guiaba al sur, hacia Camila y con la posibilidad de que los tres fuesen devorados.

El Puerto de Humo es una faja de madera y hierro sobre agua negra, donde los dirigibles se inclinan como bestias dormidas. Una ciudad que aprendió a respirar fuego. Redes colgaban de los aparejos, astilleros que olían a brea; hombres tostados, que sudaban vinagre con brazaletes de latón, negociaban piezas de cobre bajo faroles que vibraban una luz febril. Las grúas descargaban cajas de madera llenas de relojes rotos, corazones de cobre y articulaciones automáticas. El crepitar del carbón y el siseo del vapor componían una música familiar para Gaspar.

Al acercarse, ambos sintieron la radiación del metal caliente, un pulso que les atravesó la piel. Se quitaron los sombreros para mirar el cielo y las gaviotas que surcaban los aires y caían sobre ese mar oscuro. Los dirigibles, con cascos recubiertos de placas, se mecían con un sonido grave esparcido sobre la marea. De las pequeñas embarcaciones colgaban bandoleras con insignias; sombras caminaban por pasarelas embadurnadas de aceite, sorteando lonas y placas de hollín. Hombres con

manos ennegrecidas ofrecían secretos y repuestos. Un niño vendía limonada; Ramiro lo observó con cierta curiosidad y notó a la mujer a su lado, que vendía mirillas antiguas para armas y vociferaba historias sobre astilleros destruidos por la guerra. Ambos siguieron avanzando entre la multitud que los observaba de pies a cabeza con cautela y asecho; miraron al norte, observaron el mapa: allí estaba marcado el faro de gasas. Un salón con una estructura que parecía un faro invertido, con ventanas prismáticas y una linterna de gas que lanzaba haces sobre la bahía. Afuera, un autómata trompetista tocaba notas mecánicas.

Ramiro avanzó hacia la entrada, donde un par de guardias de latón, con soldaduras visibles en las placas, le cerraron el paso en seco. Sin vacilar, sacó la escopeta; las máquinas no pronunciaron sonido alguno, conscientes de que podían arrancarle la cabeza. Lo dejaron pasar mientras Gaspar enseñaba el revólver colgado en su cinturón.

Adentro, el olor a carbón quemado y alcohol impregnaba el aire. Mesas sostenían botellas con etiquetas manuscritas; una orquesta de autómatas acompañaba el canto. Camila estaba en el escenario, inclinada hacia el micrófono de bronce; su rostro era una fuerza de la naturaleza; su mirada, un glaciar. La falda oscura y brillante acompañaba el trazo de su cuerpo. Su voz resonaba por cada recoveco, precisa, cargada de nostalgia, como si sedujera a los segundos que el tiempo perdía en contemplación.

Gaspar la miró desde la penumbra. Su corazón, templado por las balas, vaciló; sus piernas estaban inquietas y el revólver escondido bajo la chaqueta le pesaba. Detrás de él, Ramiro sintió

la necesidad de tomar la escopeta que llevaba a la espalda; el reloj de arena incrustado en la culata brilló débilmente, como una piedad que empezaba a desvanecerse. Ambos caballeros sintieron que el recorrido, al principio matizado, comenzaba a llegar a su fin. La canción terminó, aunque su presencia la había interrumpido antes; los aplausos llenaron el lugar.

Ella los reconoció entre el público; su mirada los lapidó sin titubear. Sus ojos castaños, enmarcados por pestañas curvadas que desafiaban cualquier geometría, barrían el escenario. Al agradecer a los presentes, bajó del entarimado y caminó hacia ellos. La noche reclamó los asuntos pendientes que debían resolverse. El pianista autómatas siguió tocando mientras los presentes murmuraban sin mirar demasiado; la música sonaba como una marcha fúnebre ostentosa.

Gaspar y Ramiro se acercaron a la barra. Gaspar se quitó la chaqueta —su chaleco marrón no ocultaba el arma— y la dejó sobre el asiento. Ramiro se sentó y colocó la escopeta entre las piernas. La camarera, con una prótesis en la sien, los miró sin emitir juicio alguno.

Camila se apoyó en la barra a un lado de los dos, tocando la falda con gesto distraído. Pidió un trago —un tequila con una rodaja de limón—, los miró de reojo y abrió los labios como para hablar, pero los cerró de inmediato. Llevaba brazaletes de latón. Golpeó el vaso contra la barra y dio una calada; después mordió el limón.

—Otro más —dijo Camila, dejando las manos cruzadas sobre la madera y la vista al frente. Ramiro levantó la mano, pidió una cerveza en un tarro de hierro colado; bebió un sorbo pausado.

—Camila.

—Hola, Gaspar —dijo ella—. Sabía que vendrían. Las apuestas son curiosas, ¿no? Nunca he entendido por qué creen que las personas son objetos para ganar o perder.

—Tranquila; vinimos para que decidas —dijo Gaspar, observándola con una devoción tenue.

—Decidir —replicó ella—: esa es una palabra de hombres que quieren definir destinos que no les pertenecen. No te pertenezco.

Ramiro apretó el reloj de arena de la escopeta. —Hola, Camilita: ¿viniste aquí a buscar el perdón o es esto un jodido episodio de moralidad? —preguntó.

Ella sonrió como una moneda arrojada al agua, con una sonrisa turbia. —Me vine aquí porque es un lugar donde no debo pedir permiso.

La afonía del recinto irrumpió mientras los tres se observaban. En el extremo de la barra un niño lanzó una moneda que produjo un ruido lo suficiente alto para estremecer la escena. Ella señaló una mesa: allí planeaba confrontarlos.

Pidieron tres jarras de cerveza y hablaron de recuerdos que ya no pertenecían a nadie, de promesas y cadenas. Se rieron como si nada pasara, como si las historias parecieran lejanas, ajenas —un suspiro de normalidad—; pero el tiempo no se detiene, ni aunque le cantes ni aunque dispares.

—No voy a morir por ser el puente entre dos hombres. Si ambos quieren destruirse, adelante; mi cuerpo es solo mío. No soy un puto trofeo —dijo ella.

Las palabras de Camila los dejaron congelados. A veces las palabras son un incienso de demagogia que no mueve nada; ellos estaban acostumbrados a hablar con balas. Las balas no

emiten juicios: son frías y calculadoras; en los dilemas, una bala lo resuelve todo. Gaspar sintió la cacha fría del revólver y la necesidad de desenfundar: aquella pistola era su juramento, pues en la empuñadura llevaba grabada una inicial, la letra C, por Camila. Ramiro rozó la escopeta entre las piernas como un gato erizado, listo para sacar las garras y herir la mano que lo acariciara.

En este puerto, el perdón no se recibe: se negocia. Antes de llegar, tuvo otro nombre, otras noches, otras camas; nadie la obligaba aquí, pero sabía que la libertad se cobraba. En ese lugar todo tenía cuotas: la memoria, la piel, la tregua. Ella lo aceptó hasta que los rumores traídos por el viento la confrontaron —la apuesta de dos hombres—, algo que, de manera brutal, volvió a quitarle el equilibrio. El Puerto de Humo empañó la resolución.

—Ramiro, no vine aquí a buscar su perdón —dijo ella con la claridad de una moneda nueva, con el frío de un invierno largo—. Quieren la jodida verdad.

Gaspar la volteó a ver, buscando en sus palabras algo que disipara el asunto. Ramiro colocó el dedo en el gatillo.

—Dices la verdad —respondió Gaspar con voz áspera—. Supongo que mi perra verdad ya no importa.

Camila negó con la cabeza. —Tu verdad importa en la medida en que decidas qué hacer con ella. Pero la verdad que traigo es que no escapé de nadie: me fui porque no quería seguir siendo la excusa para que dos hombres midieran su grandeza. No vine a humillarlos ni a pedir clemencia; vine a reclamar algo que nadie me solicitó antes: mi derecho a contradecirlos.

Un murmullo recorrió el salón. El pianista, al fondo, desafinó una nota; y, a pesar de que la amistad de Ramiro y Gaspar

estaba rota, un hilo invisible aún la sujetaba, tan fuerte como la apuesta.

—Epa, no es tan simple, Camilita —dijo Ramiro—. Hay una deuda. Hay humillación; cosas que no se borran con palabras.

Camila sacó un abanico y se echó aire con delicadeza; la temperatura del lugar, de forma espontánea, elevó el calor de su cuerpo. Lo dejó sobre la mesa. —No pretendo borrar nada. Solo digo que no soy un pago que puedan exigir. Si desean destruir su amistad clavando mi nombre entre ustedes, háganlo. Pero no me obliguen a ser el instrumento de su valor.

Gaspar cerró los ojos un instante; en su interior algo osciló entre la ira y la nostalgia. Los recuerdos lo sacudieron; tocó el arma que se balanceaba entre castigar y la posibilidad de perdonar. El revólver aguardaba la decisión.

—¿Quieres que te perdone, después de irte con el que se suponía era mi amigo? —dijo él—. Una culebra del desierto: ese debería ser tu nombre.

Camila sonrió sin mostrar dientes. —Quería ser libre; no podía estar atada a ti con grilletes de fidelidad. Eso es tan cretino: vincularse solo con una persona. No sé de qué traición me hablas; la única traición fue hacia mí. No soy un pájaro en una jaula: soy un águila libre. Y la libertad a veces es poco amable; exige que te separes de lo que te contiene. No vine para que me otorguen absolución; vine para mostrarles que la elección de matar o perdonar les pertenece a ustedes, no a mí.

Ramiro apretó la mandíbula y tomó la escopeta, mostrándola sobre la mesa. —Si te perdono —musitó—, ¿qué soy? Un hombre solo debe aceptar que le robaron la dignidad, así nomás, como una pinche ley del desierto.

—Si me matas —respondió Camila— me conviertes en piedra. Si me perdonas, me conviertes en palabra. Ninguno de los dos garantiza conservar el alma.

Camila se inclinó y apoyó la palma sobre la mesa. En ella había una cicatriz, una línea hundida en la piel, como un mapa mal trazado. —No me importa si deciden matarme —dijo—. Me importa lo que harán con la vida que quede después del acto. Destruirse no me cura. Perdonar por temor tampoco. Quiero que entiendan que su apuesta no es un juego; es un modo de medir cuánto les pesa el honor.

Gaspar la miró hasta que una lágrima silenciosa se le escapó por la mejilla; no solo era por ella, sino por todo lo que había perdido en su vida. Ramiro cerró los ojos y, por un momento, se sintió vulnerable.

La música se apagó apenas, como un gemido mecánico. Afuera, la niebla espesó la calma antes de la tormenta y la lluvia comenzó.

Camila se levantó al fin y los miró una vez más. Su falda golpeó el piso con un sonido metálico. —No tengo más que ofrecer —dijo—. Si han de jugárselo todo, háganlo pronto. Yo me iré cuando elija irme.

Afuera, en el muelle, la lluvia se desplomó con furia en una noche de desdicha a punto de teñirse de carmín. El dirigible estaba amarrado, su vientre iluminado. Camila avanzó por la pasarela con pasos exactos, con la tranquilidad de un alma que

ya había dicho, bebido y comido —y que siempre había sido lo que había querido.

Gaspar sostuvo el revólver. Centella resopló a su lado; el vapor caliente olía a carbón. Extendió el brazo con el arma lista y giró el cilindro sin titubear, como otro blanco más, otro cuerpo que derribar. Ramiro se colocó detrás, apoyando la culata en el hombro y apuntando a través de la mira telescópica de la escopeta. En las penumbras, hombres con capas observaban a la distancia el desenlace.

A la mente de Gaspar llegaron imágenes de botellas, canciones rotas, noches de humo. Su mano empezó a temblar: lo que antes era una extensión sin juicio y siempre cooperativa se volvió una carga. Sabía que, al disparar, se sabría lo que había en la historia: el principio y el fin.

La lluvia arreció; Camila miró la oscuridad y dejó que las gotas le borrraran el maquillaje. Sonrió, desafiante.

Gaspar apretó el gatillo; la bala impactó la tabla del muelle levantando astillas. El ruido se perdió en la bruma, ahogándose.

Ramiro reaccionó rápido: con la culata firme apuntó a la cabeza de Gaspar. El reloj de arena incrustado en la escopeta pareció congelarse en el tiempo. Sus músculos se tensaron; los dedos jugaron con el gatillo, pero se contuvo; el verdugo dejó caer el arma.

Camila subió a un pequeño bote y se alejó hacia el dirigible, que abría sus compartimentos de aire. Los ventiladores comenzaron a girar; las luces parpadearon en despedida.

Gaspar dejó caer su pistola y la lluvia golpeó su rostro. Ramiro respiró hondo. No había palabras que describieran lo que sentían. A lo lejos, Camila alzó la mano. No fue un saludo

ni un reto, sino un gesto neutro que quebró algo en ellos. La apuesta había mutado.

El dirigible alzó el vuelo y su sombra se perdió en la oscuridad fría de la noche. Gaspar y Ramiro caminaron un tramo en silencio, con la lluvia marcando sus pasos. La apuesta se había transformado en una deuda sin vencimiento.

Caminaron hasta el final del muelle, donde se separaron sin reconciliación. La ciudad mecánica siguió con su ruido indiferente. Y ambos se marcharon con la duda de si habían obrado con valor o con cobardía.

Abraham Campos ha participado en más de una docena de antologías de cuento y poesía publicadas por editoriales como, Casa Futura, Vozabizal, Palabra Herida, El Aleteo de una Mariposa, Lengua del Diablo, Tinta del Silencio y Lebrí. Su obra ha aparecido en compilaciones de terror, poesía y narrativa contemporánea. Además, ha publicado en revistas digitales como Sofón, Teoría Ómicron, Espejo Humeante, Axioma, Cósmica Fanzine, Teresa Magazine y Anapoyesis. Su escritura navega entre lo lírico, lo oscuro y lo especulativo.

— • —

LA DESAPARICIÓN DE UQQA TSIBIRI

ÁNGEL CRISTÓBAL ÁLVAREZ BLANCO

La aldea de Iaki, a un día de viaje de la costa del mar de Gnish, tiene un conjunto de supersticiones que extrañan a los visitantes de aquel remoto territorio. Los aldeanos no cuestionan las desapariciones de niñas ocurridas en las noches de luna nueva, y los hombres jóvenes no se acercan a la colina rocosa detrás de la aldea, la que está más allá del Bosque Velado. Dentro de sus asimétricas chozas ovoides los aldeanos susurran cuentos y testimonios de las criaturas a las que atribuyen la necesidad de sus supersticiones; genios de la niebla que toman a las niñas para sus propósitos ignotos, espíritus que llevan a los hombres despistados a sus países, quienes al volver, creen haber estado en sus tierras sólo por algunas horas, cuando en realidad han pasado varios días. Por ese motivo los Iakianos se alejan de la colina de los genios, y tornan un ojo ciego a las desapariciones. Visten a sus niñas con amuletos buscando protegerlas de las fuerzas ocultas, pero saben que los ellos siempre toman su parte.

Los aldeanos habrían mantenido sin disturbios las cercanías de la colina eternamente, de no ser por la plaga que desde hace

varios años había azotado sus vidas. Crecía como musgo gris en las mazorcas de los campos y traía palidez a los rostros de los niños y ancianos; tantos de los más vulnerables perecieron ante la enfermedad. Curiosamente, durante los años de la plaga la aldea no había perdido a más niñas a manos de los genios. Sólo una fuerza terrible los asolaba ahora, y aquello era suficiente para llevarlos al límite. Para mantenerse, sus cazadores habían avanzado más allá de sus viejos territorios en búsqueda de presas. Los animales reconocían la ofensiva, y se adentraban cada vez más en los pastizales dorados, subían más alto en las colinas tapizadas de acacias, hasta los límites del terreno seguro, dentro del Bosque Velado. Al distinguir los rastros de sus presas entrando al territorio prohibido, la resolución de los cazadores tambaleó. Pero las caras hambrientas y enfermas de su comunidad los inspiraron a saltar hacia el peligro. Con correas apotropaicas en los brazos, los cazadores penetraron más allá de lo prudente.

Entre ellos avanzaba, dando zancadas sobre la hierba, Uqqa Tsibiri. Media docena de cráneos distintos colgaban de su cinturón, y la piel de su manto moteado pertenecía a un depredador indomable para los hombres comunes. Llevaba una lanza de bronce y cuchillos de vidrio, y su vista permanecía siempre fija hacia adelante. En la plenitud de su juventud, dos años atrás, había enfrentado a la plaga y regresado desde los muertos, recuperando todas sus fuerzas. De niño, su padre lo había llevado a visitar la gran ciudad de Surrú; dicho viaje habría de afianzar su actitud despreocupada y, quizá, sellar su fatídico destino. Una curiosidad insaciable había vuelto con él de aquella ciudad que los demás aldeanos despreciaban. Se entrometía en

el entrenamiento de las chamanas, escuchando a hurtadillas los cantos e himnos desde el otro lado de las cortinas. Aprendió todos los bordados de su familia y sus vecinos, e incluso se aventuró a acompañar a una caravana hasta la aldea vecina para aprender los que no conociera ya. En cuanto al motivo de esta insistente curiosidad, sólo el corazón de Uqqa lo sabía. Remitía a sus recuerdos más tempranos en aquella ciudad, con sus calzadas anchas como ríos, altas torres repletas de chapiteles y palacios cubiertos de piedras brillantes. Recordaba en sus sueños a las gentes tan variadas y abundantes con las que no pudo hablar, las lenguas desconocidas que no logró entender, y aquella práctica arcana de los ciudadanos de inscribir tablillas de barro con grafías que no eran patrones de bordado ni pictogramas. Antes del viaje, Uqqa no imaginaba que el mundo fuera tan grande, y la partida de la ciudad de Surrú lo dejó insatisfecho. Deseaba siempre alcanzar lo que había más allá.

Los cráneos en su cinturón no eran una señal de su crueldad, sino un precio indeseable que tuvo que pagar por su curiosidad. Al alcanzar la madurez, ya muerto su padre, Uqqa se adentró en lo salvaje en busca de aquellas fieras que no había visto de cerca, aquellas que recordaba de vistazos fugaces por las jaulas de Surrú. Al encontrarlas, no les daba muerte, como sus compañeros que buscaban reconocimiento, sino que las observaba, en ocasiones por varios días. Deseaba saber todo sobre sus conductas. Y mucho aprendía cada vez, mas no podía regresar a su aldea con las manos vacías después de ausentarse por largos ratos. Dar muerte a las bestias le parecía siempre desagradable, pero su extraña fascinación por la limpieza de huesos le ganó entre los aldeanos una reputación de matador.

En realidad, limpiar los huesos era su consuelo después de un asesinato que no deseaba. Descubrir qué ocultaba la piel alegraba tan sólo un poco su espíritu afligido.

Por ello no fue sorpresa para nadie cuando Uqqa fue el primero en acudir al llamado de Qilos, el ermitaño, para adentrarse en el Bosque Velado. Qilos había llegado siendo ya un adulto a la aldea. En un inicio, los Iakianos lo relegaron a la frontera, en donde permaneció sus primeros años dando alarma de los peligros que se acercaban hasta que la gente comenzó a confiar en él. Su conocimiento de la frontera era ahora invaluable, pues los cazadores de Iaki caminaban por suelo desconocido. Las plantas adoptaban colores y formas ajenas y diversificaban sus aperturas. Bajo la niebla, los ojos inexpertos no distinguían entre lo inerte y lo animado, y más de una lanza fue arrojada hacia la nada. El temor a los genios traía temblor a las manos, y en varias ocasiones los cazadores pensaron en desistir, sólo detenidos por el acarreo y los escarmientos del viejo Qilos. Mas con el paso de las horas, los ojos se aclimataron a la niebla, y las siluetas temidas se revelaron inofensivas, carentes de espíritus malintencionados.

Qilos se agachó al frente del grupo para distinguir un rastro de huellas que se asomaba por el suelo. A su lado, Uqqa se irguió firme, mirando al último venado de una manada perderse entre los arbustos más adelante. Apuntó con su lanza de bronce, y Qilos asintió. Los cazadores avanzaron siguiendo con cautela el rastro de los animales hasta la orilla de una depresión en el terreno accidentado del Bosque Velado. Mirando hacia el interior, encontraron a la manada detenida junto a un estanque. Los venados bebían con gran cautela; los cazadores

lo sabían, acercarse no sería una tarea fácil. Tomando el manto de liderazgo, Qilos apuntó a los demás para que rodearan la depresión. Aprestaron sus lanzas y, deslizándose entre el follaje, aseguraron sus puestos.

La lanza de Uqqa fue la primera en volar, seguida de un revoltijo de rumores estruendosos. El joven corrió hacia su arma, la recogió de donde había errado a uno de los animales por escasos centímetros. Después volteó y siguió a sus compañeros que, liderados por Qilos, habían emprendido la persecución.

No podían alcanzar a los animales, lo sabían, pero con el método correcto resistirían más que ellos. Qilos sabía que tenían la ventaja de aguante, pero si no lograba discernir un atajo para aprovecharlo, serviría de poco en un terreno tan caótico como el bosque. Con destreza, el ermitaño rodeó las pendientes y esquivó las zarzas que los venados recién habían saltado. A su derecha, los peñascos de la colina de los genios se asomaban por el dosel de los árboles. Uqqa fue el último en llegar. Qilos lo miró con severidad.

—Esa lanza te trae más complicaciones que favores—dijo el ermitaño.

Uqqa soltó un quejido y observó pendiente abajo.

—Dejaron de correr, pero saben que estamos aquí. Correrán en cuanto nos acerquemos. Nadie ataque hasta que los podamos alcanzar —ordenó el ermitaño.

Los cazadores descendieron la colina, algunos casi tropezando. No habían llegado al final cuando los venados retomaron su huída. El terreno adelante era más plano que antes, pero un peñasco lo cortaba dramáticamente. Los venados toparon con la pared rocosa y voltearon hacia la derecha, más

profundo en el bosque. Los cazadores los siguieron tanto como pudieron; no obstante, en menos de un minuto, los venados salieron de su alcance otra vez. Varios cazadores se detuvieron a recuperar el aliento, Qilos entre ellos. Uqqa desistió al ver a los venados alejarse y a sus compañeros flaquear.

—Aún no —dijo Qilos entre jadeos—. Aún no paramos. Hay que seguirlos, no podrán correr así otra vez.

Qilos alcanzó a Uqqa y dirigió su mirada al suelo para rastrear a los animales. Un momento después, el grupo había recuperado aliento, y emprendieron el trote nuevamente. Esta vez divisaron a la manada colina arriba. Qilos marcó el trayecto por el costado, buscando reducir la disparidad de altura, y los cazadores lo siguieron. Con extremo sigilo, avanzaron entre los arbustos hasta igualar la altitud de los venados, y entonces, las lanzas volvieron a volar. Uqqa lanzó un cuchillo que acertó a su objetivo pero no lo incapacitó. A pesar de ello, varios de sus compañeros acertaron a sus presas.

El caminar de un animal herido no era extraño para Uqqa, aunque siempre le traía una extraña sensación. Los venados alcanzados cojeaban, pero seguían intentando huir. Era inútil. Sin tanta velocidad y con una lanza atravesada, la mayoría eran alcanzados por los cazadores a los pocos pasos de emprender la retirada. Entonces entraban en juego los cuchillos. En los instantes entre el ataque y el escape de los venados, Qilos contempló los resultados de la cacería. Tres animales habían caído: no los suficientes.

—Amuk, Shem, Johvi; quédense aquí y vigilen. Los demás, sigamos —ordenó Qilos sin titubear.

Los cazadores alistaron sus armas y continuaron. Cuando Uqqa lo alcanzó, Qilos reprimió al joven.

Uqqa contuvo su enfado y avanzó hasta el frente del grupo. Detrás de él, el rostro de Qilos adoptó una mueca de angustia.

Tras avanzar un par de minutos, Uqqa sintió haber perdido el rastro de los venados. Se agachó, y al hacerlo encontró huellas anormales en la tierra húmeda. La niebla, que hasta entonces parecía haber retrocedido, cayó nuevamente sobre los cazadores. Las huellas parecían golpes de lanza, cuadrangulares y profundos. Miró a su alrededor. El nerviosismo de sus compañeros había vuelto junto con la niebla. Se quedaron callados escuchando los sonidos del bosque. Entonces, a su izquierda, Uqqa escuchó el rumor de arbustos sacudirse. Dirigió su mirada a la dirección del sonido con rapidez; cuando halló al emisor, sintió un helor paralizante.

Vio primero las altas piernas —o quizá eran brazos— que levantaban a la criatura varios metros sobre el manto herbáceo. Después distinguió su cabeza, abominable y malformada, como un cráneo de león con grandes cuernos de venado. Uqqa se dio cuenta de que la criatura lo había visto también. Cuando pudo mover su cabeza, volteó a ver a sus compañeros, que estaban congelados viendo a la criatura. El joven se preguntó si era uno de los genios de la niebla cuyo encuentro habían temido tan profundamente. Interpretó el grito de la criatura como una afirmación. Era como el de un ave de presa, pero lastimero, casi empático hacia el miedo de los cazadores, y a la vez burlón por ello. La compañía empezó a correr con una urgencia que la persecución de sus presas no hubiera justificado. Escucharon los pasos como lanzas de la criatura que los perseguía. Con el

orden invertido, Uqqa iba al final del grupo. Sintió que el miedo creciente robaba más energía de la que el pánico inicial le había dado; poco a poco comenzaba a quedarse atrás. Tomó el bronce en su mano, y, conjurando la victoria del héroe mitológico Imuk sobre el demonio reptante, plantó su pie y con una vuelta arrojó su lanza hacia lo que distinguía como el torso desproporcionado de la criatura.

Uqqa escuchó un sonido metálico en cuanto su lanza golpeó al espíritu, que cayó de espaldas y se desvaneció entre la espesura. El golpe sonoro alertó a sus compañeros del ataque. Lentamente, regresaron a la compañía del joven. Los brazos de Uqqa temblaban. Aún no sabía si en verdad había derribado a lo que creía era un genio. Qilos lo alcanzó y colocó una mano en su hombro. Por un momento no hubo nada más que silencio.

De la nada, tres criaturas más salieron como manifestándose de la bruma. Patas largas y huesudas, cubiertas de piel verdosa y maloliente, se entrometieron entre Uqqa y el resto de los cazadores. Plañidos horribles asaltaron el aire, y los cazadores retomaron su escape. Cuando Uqqa miró hacia atrás, por donde planeaba huir, encontró a la criatura que había derribado levantándose nuevamente en sus altas patas. Sólo tenía una dirección hacia dónde ir: las colinas, con sus peñascos amenazantes. Corrió cuesta arriba, perdiendo de vista al resto de sus compañeros. En un momento de resolución se detuvo y miró a los seres que lo perseguían, ahora a menor velocidad. Con su mano diestra tomó sus cuchillos restantes; los arrojó lo más fuerte que pudo. Las hojas se rompieron contra las criaturas sin detenerlas, levantando el mismo sonido metálico.

La desesperación se apoderó de Uqqa, y continuó corriendo hacia el lugar prohibido.

Tras varios minutos de correr sin pensar, el cuerpo de Uqqa cedió y trastabilló hasta caer al suelo. Atemorizado, cubrió su cabeza con ambos brazos, cerró los ojos, destilando lágrimas. Esperaba ser atravesado por aquellas patas largas, ahora enfurecidas por los ataques inútiles que les había propiciado. Rezó a su abuela y a su padre para que lo protegieran —o lo recibieran en el inframundo e intercedieran por él ante su terrible gobernante. Sin embargo, su temor no tuvo consumación. Pasaron las respiraciones y después los minutos, pero nada ocurrió. Uqqa se levantó lentamente y miró a su alrededor. La niebla se había vuelto más pesada y ahora cargaba un distintivo aroma a incienso. Uqqa se dio cuenta de que estaba rodeado de altos acantilados. Buscando una apertura entre las rocas, encontró un sendero más o menos transitable. Avanzó tímidamente. Al poco tiempo el sendero se estrechó, y Uqqa contempló en los acantilados, a ambos lados, vetas de una piedra rojiza que no había visto en otros sitios. La niebla continuaba espesándose, tan densa que casi bloqueaba la vista y el olfato. Siguió tanteando las paredes y el suelo con gran cautela. Sintió que el descenso del sendero era ahora escalonado, y la hegemonía del silencio se rompió con un leve tintineo. Era similar a una campana de viento, o quizá —y sólo quizá— era como los grandes platillos de bronce que Uqqa había visto en Surrú, aunque más tenue. El sonido parecía venir de todas partes, y cargaba un carácter musical. Uqqa se sintió mareado, empezó a tambalearse. Sentía que la niebla se expandía en su garganta, adormecía sus músculos. El tintineo a su alrededor

se volvió opresivo, y su visión se tornó aún más nublada por extrañas luces que parecían bailar más adelante en el camino. Aunque apenas distinguía los acantilados a su alrededor, Uqqa sufrió vértigo y, sintiendo que sus fuerzas eran drenadas de su cuerpo, colapsó.

Las memorias de lo que siguió a su desmayo no se sentían completamente reales. Las imágenes eran borrosas y cargadas de quimeras oníricas de las que Uqqa desconfiaba por su lascividad. Recordaba ninfas etéreas subiendo a él y presionando contra su pecho. Recordaba caminar a través de cavernas, embriagado, y seguir sus risas juguetonas hasta una cámara ceremonial. Percibía, como en medio de una ensoñación, el tacto y la voz hipnotizante de las ninfas invitándolo a volver a la inconsciencia, pero detrás de aquello podía distinguir intenciones asesinas.

Despertó inseguro de si continuaba en un sueño o si había vuelto a la vigilia. El ambiente en el que ahora se encontraba ponía en duda sus memorias. Estaba desnudo, cubierto por sábanas de seda, yaciendo en un suelo rocoso inesperadamente cálido. Las paredes eran de piedra áspera, definitivamente trabajadas, pero preservando la textura natural de una caverna. Estaba solo, y no había otra cosa en la cámara mas que las sábanas y una linterna de material delgadísimo, rugoso. Uqqa distinguió que la linterna tenía inscripciones extrañas en su superficie semitransparente, y la luz proyectaba sus sombras en las paredes de la cámara. Eran como las grafías arcanas de los hombres de Surrú, y para Uqqa, completamente ilegibles.

La cámara carecía de ventanas; sólo tenía una entrada. Una luz tenue provenía del otro lado. Uqqa se levantó y caminó

agachado hasta el umbral de la salida. Ojeó a ambos lados. A la izquierda encontró a dos figuras de pie, conversando en una lengua desconocida. Se trataba de Qilos y otra persona velada. Uqqa se estremeció al ver al viejo. La figura velada era difícil de discernir. Llevaba un vestido oscuro que cubría todo su cuerpo, y su cabeza —en realidad Uqqa no estaba seguro de si era su cabeza o un sombrero— se dividía en cuatro extensiones largas que apuntaban hacia arriba. De la base de cada arista emergía una hebra o alambre que conectaba con una gema ocular y brillante. Su velo caía debajo de las puntas. Parecía que aún no habían visto a Uqqa, quien, con sumo cuidado, salió de la cámara y se escabulló por el pasillo.

Antes de alcanzar la luz, Uqqa encontró la entrada a otra cámara a su derecha. Se ocultó en el umbral para echar un vistazo. En su interior, varias mujeres ordenaban tablillas de arcilla. Sus rasgos eran variados, algunas se parecían a las mujeres de la aldea de Iaki, pero otras tenían tonos de piel y cabello extraños para Uqqa. Sólo en Surrú había visto a personas tan variadas en el mismo sitio. Vestían largas túnicas adornadas con cadenas de signos arcanos, y se movían con un silencio entumecedor. Uqqa continuó su avance. Poco a poco la luz se iba haciendo más clara, y distinguió que se trataba de luz natural, provenía de un pórtico incrustado en el túnel. Se escondió detrás de uno de los pilares de madera ceniza y echó un vistazo. Entendió que estaba parado sobre un acantilado elevado, y desde el pórtico se distinguía un gran espacio abierto en el interior. Las paredes de los acantilados servían como muros para una comunidad oculta que vivía entre las colinas. Uqqa notó que sólo estaba habitado por mujeres. Sus trabajos

y ocupaciones eran los que Uqqa esperaba de una aldea: traían leña y cosecha del exterior, fabricaban utensilios de cerámica y bronce, cocinaban y tejían sus ropas. Pero tenían también otras actividades que no terminaba de entender. Al aire libre, una adulta le enseñaba a varias niñas series de símbolos y glifos que Uqqa apenas podía distinguir desde el pórtico. Las escribía en una losa de piedra negra usando barras de tiza, borrando con un paño cuando lo necesitaba. Las niñas repetían los glifos en sus propias tablillas. Uqqa reconoció a la profesora. Era Ni'shi, una niña que había desaparecido de la aldea de Iaki cuando él era un niño.

Entonces escuchó pasos más atrás en el pasillo. Miró sobre sus hombros y, al no ver a nadie, continuó avanzando con prisa.

El pasillo seguía hacia lo profundo del acantilado. Más adelante se ensanchaba hasta volverse una cámara amplia e iluminada. Uqqa sintió que se había tropezado en una leyenda, pues a su alrededor aparecían pinturas y murales que retrataban escenas de las historias de su pueblo. Reconoció a Imuk reclamando el arte de tejer del diablo arácnido Uloófán, el juicio en el inframundo de la ladrona Kumasqqa, la caída del cielo de los primeros hombres, y el nacimiento de Su'a, la sibila mesiánica. Pero vio en la cámara de mitos otras historias que no conocía. Pinturas de gentes extrañas para él, personajes desconocidos, y escenas de gran emotividad que no podía atribuir a ningún relato en su memoria. De nuevo quedó hechizado por aquella curiosidad que lo encontró por primera vez en Surrú, aunque esta vez no fueron necesarias ni las grandes calles ni las torres de mármol; una cámara apenas más grande que una choza fungía ahora como una ventana a ese gran

mundo que sabía existente pero permanecía siempre fuera de su vista. De nuevo escuchó pasos siguiéndolo. Entonces avanzó hacia la salida de la cámara.

El pasillo adelante se bifurcaba formando una encrucijada. El camino a la izquierda estaba iluminado por luz natural y descendía hacia el centro de la aldea. Por el contrario, el camino a la derecha iba más profundo. Uqqa sabía que no tardaría en ser visto si se dirigía al espacio abierto, y no deseaba profundizar más en las cavernas de los genios. Continuó al frente. El camino conectaba otra cámara similar a la que había visto antes del pórtico. Varias estanterías de madera y roca guardaban objetos raros, del material delgado como la tela del que estaba hecha la lámpara arcana. Uqqa se escondió detrás de una estantería al ver a varias mujeres más adelante. Se movían con diligencia entre los pasillos creados por las abundantes estanterías. En su escondrijo, Uqqa tenía a la mano varios de esos objetos. Tomó uno por curiosidad. Al examinarlo, se dio cuenta que eran láminas super finas de aquel material, unidas a un dorso y cubiertas por tapas de cuero. Líneas inacabables de caracteres desconocidos estaban escritas por ambos lados de las láminas, algunas en cadenas largas que llenaban toda la superficie; otras, en cadenas más cortas al centro de la lámina. Espió a una de las mujeres que sujetaba un artefacto. Sus ojos se movían con velocidad de un lado al otro, como si observara las líneas de signos con detenimiento. Uqqa entendió de qué se trataba. Los artefactos debían ser libros, y la mujer al otro lado de la cámara estaba leyendo su contenido. Sólo había visto libros y lectores en Surrú. Entonces escuchó a más mujeres entrar a la cámara desde el otro lado. Temiendo ser descubierto, se dio la

vuelta y aprovechó la penumbra para regresar a la encrucijada. El sonido de los pasos ahora venía desde el camino por el que había entrado. Sin más opción, Uqqa tomó el sendero que avanzaba a lo profundo, esperando encontrar un mejor escondrijo.

Dicho camino llevaba a una caverna natural, mucho más amplia que las cámaras anteriores, iluminada por un enorme tragaluz de cristal. En el suelo, un pasillo de losas de mármol sobresalía de un charco de metal líquido y argénteo que cubría todo el suelo de la caverna. A pesar de su estado líquido, Uqqa no sentía calor provenir del metal, lo que lo extrañaba. Al centro de la caverna, bajo el resplandor del tragaluz, un altar de piritita cúbica, tan brillante como el oro, servía de pedestal para un artefacto que sobrepasaba en extrañeza todo lo que Uqqa había visto hasta entonces. Avanzó por el sendero de mármol para distinguirlo mejor. Parecía una losa de cristal verde decolorado, más gruesa que la página de un libro pero más delgada que una tablilla de barro. El material no fue lo que más sorprendió a Uqqa, sino la escritura que portaba. Un patrón extrañísimo, como las calles y avenidas de una ciudad vista desde las alturas, estaba grabado en oro y ónice. Los caminos dorados conectaban edificios de piedra negra de una forma que ni siquiera la añorada Surrú podía igualar. El impulso de la curiosidad se apoderó del joven, y casi sin pensarlo, levantó su mano para tocar el extraño artefacto. Sintió un intenso calor saltar de la losa a la punta de su dedo, entre los cuales emergió un destello. En el chispazo, Uqqa captó algo ahí dentro que lo llamaba. Imaginó a diminutos espectros, como hechos de relámpago, correr por las calles doradas de la losa, y, al ser atraídos a su dedo, quemaron la piel no digna de ellos. La experiencia dolorosa no hizo más que

acrecentar su fascinación, por lo cual se quedó viendo durante un largo rato.

—Ten cuidado con tocar eso. Podría quemarte —interrumpió una voz desde la entrada a la caverna.

Uqqa salió de su encanto y de un salto corrió detrás del altar. Miró al camino de mármol en donde el viejo Qilos lo observaba con preocupación.

—¿Qué es este lugar? ¿Eres un genio también? ¡Sí! Tú me has de haber traído aquí a propósito —respondió Uqqa.

—Calla, calla muchacho —respondió Qilos acercándose al altar—. Que soy humano y también lo son las damas a las que encontraste más atrás.

Uqqa se pegó al borde de la plataforma del altar, agachándose para no caer en el charco metálico. Qilos llegó hasta el altar y —con gran cuidado de no tocar la losa— se sentó en la orilla.

—Vamos, muchacho, que si quisiera herirte lo hubiera hecho en el pasillo —dijo—. No tienes que temer, no a mí al menos. —Qilos miró al joven con una sonrisa sardónica—. Además, no tienes la actitud de un animal asustado. Te quedaste a investigar lo que hallabas. No, no... No quieres huir y ya. Dentro de ti, algo quiere quedarse aquí tanto como pueda. ¿O me equivoco?

Uqqa miró a Qilos con enfado.

—¿Qué es este lugar? ¿Dónde estamos? —preguntó.

—En el país de los genios ¿En donde más? ¡Ja!

Uqqa palideció.

—Ah, vamos, muchacho, que una broma no te agobie —añadió Qilos—. Pero lo que digo es cierto. Estás en la casa de aquellas a quienes los Iakianos llaman genios de la bruma. Aunque ellas se llaman a sí mismas Buscadoras.

—¿Buscadoras?

—Sí. Buscadoras de escritura. De mitos, de historias, de canciones, de patrones de bordado. De todo aquello que se graba en el mundo y permanece.

Las palabras de Qilos no hacían más que confundir a Uqqa.

—Pero... ¿Por qué sólo hay mujeres? ¿Cómo es que tú puedes estar aquí? —preguntó el joven cazador.

—Calma, calma, que hay tiempo para explicarlo todo. Las Buscadoras no creen que los hombres puedan compartir su tarea sagrada. Tuvieron... problemas con ellos en el pasado.

—Entonces las niñas que roban... ¿es para criarlas como tuyas?

—Ah, notaste eso por tu cuenta. Perspicaz. Sí, así es. Tu aldea no es la única que han embrujado. Tienen conexiones y ojos en todas las aldeas circundantes. ¡Incluso tienen agentes en Surrú! Traen a las niñas porque es menos costoso criar a una niña que criar a una bebé, y si la toman a tiempo la diferencia en aprendizaje apenas se notará al crecer. —Qilos frotó su larga barba—. Pero hay tiempos en los que no pueden hacer eso. La plaga que Iaki enfrenta no es exclusiva de tu aldea. Todos los pueblos en la región la sintieron. Algo que ver con el aire, y las esporas, creo. ¿Qué? Ah, no afecta a las Buscadoras porque han discernido una magia para evitarla. Sus magias son fascinantes, de verdad. Ellas eran las criaturas que atacaron a nuestra compañía. Oh, tu lanza hirió a una de ellas, y ahora están enojadas; te dije que esa cosa traía más complicaciones que favores.

—¿Y por qué en secreto? ¿Por qué no comparten sus magias si pueden detener la plaga?

—Como te he dicho, tienen una labor sagrada. Esa losa que ves en el altar guarda con recelo una escritura. Por milenios, las Buscadoras han viajado por todo el mundo buscando pistas de cómo descifrarla, y salvando también cualquier otro pedazo de saber que encuentren en su camino. Pero en ese tiempo han hecho enemigos poderosos, enemigos que pagarían grandes riquezas por conocer la ubicación de sus guaridas. Las leyendas de genios y espíritus son sus tapaderas, y muy al norte, al otro lado del mar de Gnish, viven públicamente en la ciudad de Vek, protegidas por los Caballeros de Lúkifa. Pero en el resto del mundo, deben mantener sus enclaves en secreto para continuar su labor sagrada.

La mente de Uqqa corría haciendo suposiciones a base de sus memorias. Recordó el sueño febril que siguió a su desmayo. Una mueca de horror apareció en su cara.

—Ah, ya lo notaste. Sí. Para mantener sus enclaves, las Buscadoras toman niñas de las tribus locales. A cambio, de vez en cuando revelan por medio de nosotros algún secreto mágico para ayudar a las tribus. Pero en ocasiones como esta, cuando calamidades azotan la tierra y las gentes se esconden con miedo al exterior, las Buscadoras se ven forzadas a parir dentro de sus comunidades. Las leyendas de hombres desaparecidos son lo que el exterior interpreta de sus orgías reproductivas.

—Eso quiere decir que... —murmuró Uqqa con horror.

—Sí. Ya han tomado tu semilla, y una nueva generación está próxima a ocurrir. Normalmente, intentan hipnotizar y perder en la inconsciencia a los hombres que secuestran. Después los arrojan al bosque sin ningún recuerdo claro de lo que ocurrió.

Pero a los que se resisten, a los que son más tenaces que las magias, los sacrifican.

Uqqa miró al suelo con los ojos vacíos. Se había quedado sin voz.

—Te cuento todo esto porque me compadezco de ti. Me recuerdas a mi padre, aunque nunca lo haya conocido. Cuando las Buscadoras toman a hombres y se embarazan, no pueden evitar el nacimiento de niños entre su prole. A ellos los crían hasta la adultez en las mismas artes que a las niñas, y entonces los expulsan del enclave. Yo soy el niño de una de esas uniones. Aún aprecio a mis hermanas, a pesar de mi expulsión. Nosotros salimos al mundo y actuamos como sus espías y agentes. Podemos volver, pero sólo nos dan una comida. Antes del anochecer tengo que estar de regreso en Iaki si quiero cenar, ¡ja!

Qilos suspiró y miró a Uqqa cohibido en el suelo.

—Y te digo esto también porque te conozco, Uqqa. Desde que eras un niño tienes esa incesante curiosidad. Esa disposición y deseo por aprender. Creo que eso puede salvarte ahora, aunque con lo que has visto nunca más podrás regresar a Iaki —añadió el ermitaño.

—Sólo dilo... No alargues más esta tortura.

—Hay una forma en la que los hombres de afuera pueden unirse al enclave. Se trata de un juramento de servicio. Protección y entrenamiento marcial a las nuevas generaciones a cambio de un lugar en la comunidad, y con ello vienen todas las oportunidades de conocimiento que la comunidad hace posibles. Pero muy pocos hombres tienen la destreza marcial y la disposición escolástica que la vida del Caballero Rubí demanda.

—¡Entonces acepto el juramento! ¡No me importa no volver a la aldea! Y no quiero morir ahora, no ahora que encontré un mundo nuevo por descubrir.

Qilos miraba la entrada de la caverna con preocupación. Uqqa dirigió la vista al mismo sitio. Aquella figura que estaba junto al ermitaño, con su túnica negra como la noche y la cabeza de puntas y gemas brillantes, esperaba en la puerta junto a dos mujeres guerreras. Llevaban corazas de bronce, como los guardias de Surrú. Una de ellas tenía una dentadura en su armadura, y veía a Uqqa con enfado.

—Díselo a ellas —dijo Qilos.

Uqqa avanzó entre tropiezos hasta el camino de mármol. Las guerreras levantaron sus armas. Una de ellas portaba la lanza de Uqqa.

—Acepto el juramento. Si tengo que entrenarlas, lo haré. ¡Haré lo que quieran! Pero no me maten. No ahora —dijo Uqqa arrodillándose frente a las brujas.

Una voz añeja y cavernosa habló. Era la figura extraña.

—¿Tiene lo que se requiere? —preguntó en la lengua de Iaki.

—No hay mejor guerrero vivo en Iaki, y tiene la chispa —respondió Qilos.

—Oh, entonces no fue un golpe de suerte como me dijiste, Mara. ¡De verdad te acertó! —comentó una de las guerreras burlándose de su compañera.

—¡Agh! ¡Está bien! Sí... es bueno —respondió la guerrera enfadada.

Uqqa tembló al darse cuenta que las guerreras lo creían tan indefenso que se atrevían a bromear en su presencia.

—Si ese es el caso —continuó la voz añeja—, he de advertirte, muchacho, que has de renunciar a más que tu libertad si deseas vivir entre nosotras.

—Lo que sea...—rogó Uqqa.

La figura mística hizo un gesto hacia el pasillo, y dos mujeres, portando las túnicas bordadas con sigilos que había visto antes, entraron a la caverna. Una de ellas cargaba un frasco de vidrio con un líquido rojizo y brillante en su interior; la otra, un espejo de obsidiana.

—Ey, el veneno rubí —suspiró Qilos.

—¿Qué? —preguntó Uqqa, desconcertado.

—Los caballeros de las Buscadoras toman su nombre por el veneno que consumen en su iniciación. Iba a mencionártelo antes de que llegaran —respondió Qilos.

—¿Qué pasará si lo bebo? —preguntó Uqqa.

—Si lo bebes, te transformará —dijo la silueta velada. La mujer que cargaba el espejo de obsidiana lo presentó ante Uqqa. En el reflejo, vio a un cuerpo que no podía creer suyo. Un cuerpo extraño, diferente, cambiado—. No ofrecemos el veneno rubí a los brutos, no, ellos no pueden resistir su transformación. Es la pericia, la mente de lucha, la que hace a un Caballero Rubí. La mente y la devoción. El veneno te quitará tu masculinidad. Dejarás de ser hombre, y de ti sólo quedará aquello que hayas construido para pararse por su cuenta. Dime, joven cazador, ¿es tu habilidad inmanente? ¿Es tu persona un alma independiente de la carne? —cuestionó la voz añeja.

Uqqa se estremeció hasta los huesos. El reflejo había capturado su vista. ¡No! No podía ser él. Esa no podía ser la única salida. El resultado que el espejo prometía era aterrador,

terrible incluso. Sintió una extraña incomodidad corporal desde sus pies hasta su cabeza. Miró sus manos en el reflejo, y después sus propias manos. Casi podía ver el cambio actuando desde ahora. Sintió su posible escape de la muerte como una pérdida. Imaginó que sería como una pequeña muerte. Las preguntas de la silueta velada habían penetrado hasta su corazón. ¿Qué quedaría de él?

Entre su desesperación, una certeza llegó a la superficie de su mente. Una parte de sí mismo, que nació en su visita a Surrú, no estaba tan aterrada por la transformación del veneno. Había pasado toda su vida raspando chances de aprender, y había aprendido mucho, pero ya había topado con el límite de su viejo entorno, y lo que podría aprender en el enclave de las Buscadoras prometía saciar su curiosidad. Se dio cuenta de que aquella parte de sí mismo no lamentaría la supuesta pérdida. Miró de nuevo el reflejo en el espejo negro, y esta vez, la metamorfosis no le pareció tan terrible.

Seguía temblando, pero ya había tomado una decisión.

—Está bien. Lo beberé —juró Uqqa.

La voz añeja sonrió detrás de su velo. Las guerreras apresaron a Uqqa, y la mujer que cargaba el veneno rubí se acercó a él. Uqqa bebió de la pócima transformadora, y lo que siguió fue solamente dolor.

La aldea de Iaki, a un día de viaje de la orilla del mar de Gnish, tiene un conjunto de supersticiones que extrañan a los visitantes de aquel remoto territorio. Los aldeanos no cuestionan cuando en las noches sin luna las Buscadoras toman a una niña para entrenarla en sus sendas arcanas; y los hombres jóvenes no se acercan solos a la colina detrás de la aldea, la que está más

allá del Bosque Velado, a no ser que deseen enfrentar una visita al palacio de las ninfas de la bruma y la posibilidad de su muerte. Cuando el viejo Qilos regresó a la aldea de Iaki después de la expedición de caza en el Bosque Velado, informó a sus compañeros cazadores que los genios no habían devuelto a Uqqa. Después de cinco lunas, los aldeanos supusieron que el joven se había perdido en el país atemporal de las ninfas y jamás regresaría. Desde el pórtico exterior de los riscos que ocultan el enclave de las Buscadoras, el cuerpo que alguna vez fue Uqqa miraba a la piel que sabía suya aunque su juicio le dijera lo contrario. Miró el denso dosel arbóreo del Bosque y las praderas doradas de la sabana de Faen. Y más allá todavía, miró a la aldea a la que Uqqa nunca volvería. Incluso si un aquelarre de Buscadoras saliera del enclave para rastrear nuevos saberes y necesitara de la escolta de su Caballero Rubí, el hombre que había sido Uqqa Tsibiri había desaparecido.

Ángel Cristóbal Álvarez Blanco (Ciudad de México, 2005). Estudiante de Estudios literarios en la Universidad Autónoma de Querétaro. Ganador en la categoría de poesía del Festival de Arte y Cultura Carlos Pellicer 2023 en Villahermosa Tabasco. Ha participado en múltiples eventos universitarios de celebración de la escritura y en coloquios de crítica literaria. Participó como jurado en el segundo concurso estatal de redacción de textos de Secundarias Generales de la USEBEQ, 2025. Interesado en la ficción especulativa y la weird fiction. Escritor por llamado y teórico por estudios, también busca formar puentes entre la teoría literaria y la ficción especulativa.